

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 16

1407. A los prescitos y reprobados, por su propia culpa, de nuestra voluntad [Dios quiere sinceramente que todos se salven y a todos da gracia suficiente], aunque fueron criados para otro más alto fin, les permito que su parte y herencia en esta vida mortal sea la concupiscencia de la carne y de los ojos y la soberbia con todos sus efectos, y que coman y sean saciados de la arena de la tierra, que son sus riquezas, y del humo y corrupción de la carne y sus deleites, de la vanidad y presunción mundana. Por adquirir esta posesión han trabajado y en esta diligencia emplearon su voluntad y sus sentidos, a ella convirtieron sus potencias y los dones y beneficios que les dimos, y ellos mismos han hecho voluntaria elección del engaño, aborreciendo la verdad que yo les enseñé en mi ley santa. Renunciaron la que yo escribí en sus mismos corazones y la que les inspiró mi gracia, despreciaron mi doctrina y beneficios, oyeron a mis enemigos y suyos propios, admitieron sus engaños, amaron la vanidad, obraron las injusticias, siguieron la ambición, deleitáronse en la venganza, persiguieron a los pobres, humillaron a los justos, baldonaron de los sencillos e inocentes, apetecieron su propia exaltación y desearon levantarse sobre los cedros del Líbano en la ley de la injusticia que guardaron.

1408. Y porque todo esto lo hicieron contra la bondad de nuestra divinidad y permanecieron obstinados en su malicia, renunciando el derecho de hijos que yo les he adquirido, los desheredo de mi amistad y gloria; y como San Abrahán apartó de sí a los hijos de las esclavas con algunos dones y reservó su principal hacienda para Isaac, el hijo de la libre Sara, así yo desvíó a los prescitos de mi herencia con los bienes transitorios y terrenos que ellos mismos escogieron y, apartándolos de nuestra compañía y de mi Madre y la de los Ángeles y Santos, **los**

condeno a las eternas cárceles y fuego del infierno en compañía de Lucifer y sus demonios, a quien de voluntad sirvieron, y los privo por nuestra eternidad de la esperanza del remedio. Esta es, Padre mío, la sentencia que pronuncio como juez y cabeza de los hombres y los ángeles y el testamento que dispongo para mi muerte y efecto de la Redención humana, remunerando a cada uno lo que de justicia le pertenece, conforme a sus obras y al decreto de tu incomprensible sabiduría, con la equidad de tu rectísima justicia.—Hasta aquí habló Cristo Salvador nuestro en la Cruz con su Eterno Padre, y quedó este misterio y sacramento sellado y guardado en el corazón de María santísima, como testamento oculto y cerrado, para que por su intercesión y disposición a su tiempo y desde luego se ejecutase en la Iglesia, como hasta entonces se había comenzado a ejecutar por la ciencia y previsión divina, donde todo lo pasado y lo futuro está junto y presente.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1409. Hija mía, procura con todo tu afecto no olvidar en tu vida la noticia de los misterios que en este capítulo te he manifestado. Yo, como tu Madre y Maestra, pediré al Señor que con su virtud divina imprima en tu corazón las especies que te he dado, para que permanezcan fijas y presentes en él, mientras vivieres. Con este beneficio quiero que perpetuamente tengas en tu memoria a Cristo crucificado, mi Hijo santísimo y Esposo tuyo, y nunca olvides los dolores de la Cruz y la doctrina que enseñó y practicó Su Majestad en ella. En este espejo has de componer tu hermosura, y en ella tendrás tu gloria interior, como la hija del príncipe (Sal 44, 14), para que atiendas, procedas y reines como esposa del supremo Rey. Y porque este honroso título te obliga a procurar con todo esfuerzo su imitación y proporción igual, en cuanto te es posible con su gracia, y éste ha de ser el fruto de mi

doctrina, así quiero que desde hoy vivas crucificada con Cristo y te asimiles a tu ejemplar y dechado, quedando muerta a la vida terrena. Quiero que se consuman en ti los efectos de la primera culpa y sólo vivas a las operaciones y efectos de la virtud divina y renuncies todo lo que tienes heredado como hija del primer Adán, para que en ti se logre la herencia del segundo, que es Cristo Jesús, tu Redentor y Maestro.

1410. Para ti ha de ser tu estado muy estrecha cruz donde estés clavada, y no ancha senda, con dispensaciones y explicaciones que la hagan espaciosa, dilatada y acomodada, y no segura ni perfecta. Este es el engaño de los hijos de Babilonia y de Adán, que procuran en sus obras buscar ensanches en la ley de Dios, cada uno en su estado, y recatean la salvación de sus almas, para comprar el cielo muy barato, o aventurarse a perderle, si les ha de costar el estrecharse y ajustarse al rigor de la divina ley y sus preceptos. De aquí nace el buscar doctrinas y opiniones que dilaten las sendas y caminos de la vida eterna, sin advertir que mi Hijo santísimo les enseñó que eran muy angostos (Mt 7, 14) y que Su Majestad fue por ellos, para que nadie imagine que puede ir por otros más espaciosos a la carne y a las inclinaciones viciadas por el pecado. Este peligro es mayor en los eclesiásticos y religiosos, que por su estado deben seguir a su divino Maestro y ajustarse a su vida y pobreza, y para esto eligieron el camino de la cruz, y quieren que la dignidad o la religión sea para comodidad temporal y aumento de mayores honras de su estimación y aplauso, que tuvieran en otro estado. Y para conseguirlo ensanchan la cruz que prometieron llevar, de manera que vivan en ella muy holgados y ajustados a la vida carnal, con opiniones y explicaciones engañosas. Y a su tiempo conocerán la verdad de aquella sentencia del Espíritu Santo, que dice: A cada uno le parece seguro su camino, pero el Señor tiene en su mano el peso de los

corazones humanos (Prov 21, 2).

1411. Tan lejos te quiero, hija mía, de este engaño, que has de vivir ajustada al rigor de tu profesión en lo más estrecho de ella, de manera que en esta cruz no te puedas extender ni ensanchar a una ni otra parte, como quien está clavada en ella con Cristo; y por el menor punto de tu profesión y perfección has de posponer todo lo temporal de tu comodidad. La mano derecha has de tener clavada con la obediencia, sin reservar movimiento, ni obra, ni palabra y pensamiento que no se gobierne en ti con esta virtud. No has de tener ademán que sea obra de tu propia voluntad, sino de la ajena, ni has de ser sabia contigo misma en cosa alguna (Prov 3, 7), sino ignorante y ciega, para que te guíen los superiores. El que promete —dice el Sabio (Prov 6, 1)— clavó su mano, y con sus palabras queda atado y preso. Tu mano clavaste con el voto de la obediencia, y con este acto quedaste sin libertad ni propiedad de querer o no querer. La mano siniestra tendrás clavada con el voto de la pobreza, sin reservar inclinación ni afecto a cosa alguna que suelen codiciar los ojos, porque en el uso y en el deseo has de seguir ajustadamente a Cristo pobre y desnudo en la cruz. Con el tercer voto, de la castidad, han de estar clavados tus pies, para que tus pasos y movimientos sean puros, castos y hermosos. Y para esto no has de consentir en tu presencia palabra que disuene de la pureza, ni admitir especie ni imagen en tus sentidos, mirar, ni tocar a criatura humana; tus ojos y todos tus sentidos han de estar consagrados a la castidad, sin dispensar de ellos más de para ponerlos en Jesús crucificado. El cuarto voto, de la clausura, guardarás segura en el costado y pecho de mi Hijo santísimo, donde yo te la señalo. Y para que esta doctrina te parezca suave y este camino menos estrecho, atiende y considera en tu pecho la imagen que has conocido de mi Hijo y Señor lleno de llagas, tormentos y dolores, y al fin clavado en la cruz, sin dejar

en su sagrado cuerpo alguna parte que no estuviese herida y atormentada. Y Su Majestad y yo éramos más delicados y sensibles que todos los hijos de los hombres, y por ellos padecimos y sufrimos tan acerbos dolores, para que ellos se animasen a no recusar otros menores por su bien propio y eterno y por el amor que tanto les obligó; a que debían los mortales ser agradecidos, entregándose al camino de las espinas y abrojos y a llevar la cruz por imitar y seguir a Cristo y alcanzar la eterna felicidad, pues es el camino derecho para ella.

CAPITULO 23

El triunfo que Cristo nuestro Salvador alcanzó del demonio en la cruz y de la muerte, y la profecía de Habacuc, y un conciliábulo que hicieron los demonios en el infierno,

1412. Los ocultos y venerables misterios de este capítulo corresponden a otros muchos que en todo el discurso de esta Historia he tratado o insinuado. Uno de ellos es que Lucifer y sus demonios en el discurso de la vida y milagros de nuestro Salvador nunca pudieron acabar de conocer con firmeza infalible que Su Majestad era Dios verdadero y Redentor del mundo, y por consiguiente tampoco conocían la dignidad de María santísima. Así lo dispuso la Providencia de la divina Sabiduría, para que más convenientemente se ejecutase todo el misterio de la Encarnación y Redención del linaje humano. Y para esto, aunque Lucifer sabía que Dios tomaría carne humana, ignoraba el modo y circunstancias de la Encarnación; y como de ellas le consintieron hiciese el juicio conforme su soberbia, por eso anduvo tan alucinado, ya afirmando que Cristo era Dios por los milagros que hacía, ya negándolo porque le veía pobre, humillado, afligido y fatigado. Y deslumbrándose el Dragón con esta variedad de luces, perseveraba en la

duda y en las pruebas o inquisición hasta la hora determinada de la Cruz, donde con el conocimiento de los misterios de Cristo había de quedar juntamente desengañado y vencido, en virtud de la pasión y muerte que a su humanidad santísima le había procurado.

1413. Ejecutóse este triunfo de Cristo nuestro Salvador con modo tan alto y admirable, que yo me hallo insuficiente y tarda para explicarlo, porque fue espiritual y oculto a los sentidos con que se ha de declarar. Para decirlo y entenderlo, quisiera yo que nos habláramos y noticiáramos unos a otros como hacen los ángeles con aquella simple locución y vista con que se entienden; que tal como ésta es necesaria para manifestar y penetrar esta gran maravilla de la omnipotencia divina. Yo diré lo que pudiere, y la inteligencia será con la ilustración de la fe más que significaren mis palabras.

1414. En el capítulo precedente queda dicho (Cf. supra n. 1364) cómo Lucifer con sus demonios intentaron desviarse de Cristo nuestro Salvador y arrojarse al infierno, luego que Su Majestad recibió la cruz sobre sus sagrados hombros, porque en aquel punto sintieron contra sí el poder divino, que con mayor fuerza los comenzaba a oprimir. Con este nuevo tormento reconocieron, permitiéndolo así el Señor, que les amenazaba gran ruina con la muerte de aquel Hombre inocente que ellos habían maquinado, y que no era puro hombre. Y deseaban retirarse y no asistir más a los judíos y ministros de justicia, como lo habían hecho hasta aquella hora. Pero el poder divino los detuvo y encadenó como a dragones ferocísimos, compeliéndolos, por medio del imperio de María santísima, para que no huyesen, sino que fuesen siguiendo a Cristo hasta el Calvario. El extremo de esta cadena se le dio a la gran Reina, para que con las virtudes de su Hijo santísimo los sujetase y argollase y, aunque muchas veces forcejaban intentando

la fuga y despedazándose de furor, no pudieron vencer la fuerza con que la divina Señora los detenía y obligaba a llegar al Calvario y rodearse a la Cruz, donde les mandó estuviesen inmóviles hasta el fin de tan altos misterios como allí se obraban, de remedio para los hombres y ruina para los demonios.

1415. Con este imperio estuvo Lucifer con sus cuadrillas infernales tan oprimidos de la pena y temor que sentían con la presencia de Cristo nuestro Señor y su Madre santísima y de lo que les amenazaba, que les fuera alivio arrojar en las tinieblas del infierno. Y como no les era permitido, se pegaban y revolcaban unos con otros como un hormiguero alterado y como sabandijas que temerosas se procuran esconder en algún abrigo, aunque el furor rabioso que padecían no era de animales, sino de demonios más crueles que dragones. Allí se vio de todo punto humillado el soberbio orgullo de Lucifer y desvanecidos sus pensamientos altivos de levantar su silla sobre las estrellas del cielo (Is 14, 13) y beberse las aguas puras del Río Jordán (Job 40, 18). ¡Qué desvalido y debilitado estaba el que en tantas ocasiones presumió trasegar a todo el orbe!, ¡qué abatido y confuso el que a tantas almas ha engañado con promesas falsas o amenazas!, ¡qué turbado estaba el infeliz Amán a la vista del patíbulo donde procuró poner a su enemigo Mardoqueo!, ¡qué ignominia recibió cuando vio a la verdadera Ester María santísima, que pedía el rescate de su pueblo y al traidor le derribasen de su antigua grandeza y castigasen con la pena de su gran soberbia! Allí le oprimió y degolló nuestra invencible Judit, allí le quebrantó su altiva cerviz. Desde hoy conoceré ¡oh Lucifer! que tu soberbia y arrogancia es más que tus fuerzas, en vez de resplandores te visten ya gusanos, ya tu cadáver le consume y rodea la carcoma. Tú, que vulnerabas a las gentes, estás herido más que todas, atado y oprimido, ya no temeré tus fingidas amenazas, no

escucharé tus dolos, porque te veo rendido, debilitado y sin poder alguno (Is 16, 6; Jer 48, 29).

1416. Ya era el tiempo de que esta antigua serpiente fuese vencida por el Maestro de la vida. Y porque había de ser con el desengaño y no le había de valer a este venenoso áspid taparse los oídos (Sal 57, 5) al encantador, comenzó el Señor a hablar en la Cruz las siete palabras dando permiso a Lucifer y a sus demonios para que oyéndolas entendiesen los misterios que encerraban; porque con esta inteligencia quería Su Majestad triunfar de ellos, del pecado y de la muerte, y despojarlos de la tiranía con que tenían sujeto a todo el linaje humano. Pronunció Su Majestad la primera palabra: *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen* (Lc 23, 34). En estas razones conocieron los príncipes de las tinieblas con certeza que Cristo nuestro Señor hablaba con el Eterno Padre y que era su Hijo natural y verdadero Dios con Él y con el Espíritu Santo y divino; y que en su humanidad santísima de perfecto hombre unida a la divinidad admitía la muerte de su propia voluntad para redimir a todo el linaje humano, y que por sus merecimientos de infinito valor ofrecía el perdón general de todos los pecados a los hijos de Adán que se valieran de su redención y la aplicaran para su remedio sin exceptuar a los mismos reos que le crucificaban; De este desengaño concibieron tanta ira y despecho Lucifer y sus demonios, que al punto se quisieron lanzar impetuosamente en el profundo del infierno y forcejaban con todas sus fuerzas para hacerlo, pero la poderosa Reina los detenía.

1417. En la segunda palabra que habló el Señor con el dichoso ladrón: *La verdad te digo, que hoy serás conmigo en el paraíso* (Lc 23, 43), entendieron los demonios el fruto de la Redención en la justificación de los pecadores y el fin último en la glorificación de los justos, y que

desde aquella hora comenzaban a obrar con nueva fuerza y virtud los merecimientos de Cristo y que con ellos se abrían las puertas del paraíso que con el primer pecado se cerraron, y que desde entonces entrarían los hombres a gozar la felicidad eterna y ocupar las sillas del cielo que para ellos estaban imposibilitadas. Conocieron en esto la potestad de Cristo Señor nuestro para llamar a los pecadores, justificarlos y glorificarlos, y los triunfos que en su vida santísima habían conseguido de todos ellos con las virtudes eminentísimas que habían ejercitado de humildad, paciencia, mansedumbre y todas las demás. La confusión y tormento de Lucifer, cuando conoció esta verdad, no se puede explicar con lengua humana, pero fue tal, que humilló su soberbia a pedir a nuestra reina María santísima que les permitiese bajar al infierno y los arrojase de su presencia; pero no lo consintió la gran Reina, porque aún no era tiempo.

1418. Con la tercera palabra que habló Jesús dulcísimo con su Madre: *Mujer, ves ahí a tu hijo (Jn 19, 26)*, conocieron los demonios que aquella divina Mujer era Madre verdadera de Dios humanado, y la misma que se les había manifestado en el cielo en imagen y señal cuando fueron criados, y la que les quebrantaría la cabeza, como el Señor se lo había dicho en el paraíso terrenal (Gen 3, 15). Conocieron la dignidad y excelencia de esta gran Señora sobre todas las criaturas y la potestad que contra ellos tenía, como la estaban experimentando Y como desde el principio del mundo, cuando fue criada la primera mujer, todos los demonios habían buscado con su astucia quién sería aquella gran Mujer señalada en el cielo, y en esta ocasión conocieron que hasta entonces la habían perdido de vista sin conocerla, fue inexplicable el furor de estos dragones, porque este desengaño desatinó su arrogancia sobre todo lo que les atormentaba, y se enfurecían contra sí mismos como unos leones sangrientos, y contra la divina

Señora renovaron su indignación aunque sin provecho. A más de esto conocieron que San Juan Evangelista era señalado por Cristo nuestro Salvador como ángel de guarda de su Madre, con la potestad de Sacerdote. Y esto conocieron como amenaza contra la indignación que tenían con la gran Señora, y también lo entendió San Juan Evangelista. Y no sólo conoció Lucifer la potestad del Evangelista contra los demonios, sino también la que se les daba a todos los Sacerdotes por su dignidad y participación de la misma de nuestro Redentor, y que los demás justos, aunque no fuesen sacerdotes, estarían debajo de una especial protección del Señor y serían poderosos contra el infierno. Y todo esto debilitaba las fuerzas de Lucifer y sus demonios.

1419. La cuarta palabra de Cristo nuestro Salvador fue con el Eterno Padre, diciendo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste? (Mt 27, 46)* Conocieron en ella los malignos espíritus que la caridad de Cristo con todos los hombres era inmensa y sin término, y que misteriosamente para satisfacerla se le había suspendido a su humanidad santísima el influjo de la divinidad, para que con el sumo rigor de la pasión fuese la Redención copiosísima, y que sentía y se querellaba amorosamente de que no fuesen salvos todos los hombres, de quien se hallaba desamparado, y con ánimo de padecer más, si el Eterno Padre lo ordenara. Esta felicidad de los hombres de ser tan amados del mismo Dios aumentó la envidia de Lucifer y sus ministros, y sintieron todos la omnipotencia divina para ejecutar con los hombres aquella infinita caridad sin limitación. Y esta noticia quebrantó el orgullo y malignidad de los enemigos, reconociéndose flacos y débiles para oponerse a ello con eficacia, si los hombres no la querían malograr.

1420. La quinta palabra que habló Cristo: *Sed tengo (Jn 19, 28)*, adelantó más este triunfo del demonio y sus

secuaces, y se enfurecieron en rabia y despecho, porque la encaminó Su Majestad más claramente contra ellos. Y entendieron que les decía: Si os parece mucho lo que por los hombres padezco y el amor que les tengo, quiero entendáis que siempre mi caridad queda sedienta y anhelando por su eterna salud y no la han extinguido las muchas aguas de mis tormentos y dolores de mi pasión; muchos más padeciera por ellos, si fuera necesario, para redimirlos de vuestra tiranía y hacerlos poderosos y fuertes contra vuestra malicia y soberbia.

1421. En la sexta palabra del Señor: *Consummatum est* (Jn 19, 30), acabaron de conocer Lucifer y sus demonios el misterio de la Encarnación y Redención humana, ya concluida con el orden de la sabiduría divina en todo su cumplimiento y perfección. Porque se les manifestó cómo Cristo nuestro Redentor había cumplido con la obediencia del Padre Eterno, y cómo había llenado las promesas y profecías hechas al mundo de los antiguos padres, y que la humildad y obediencia de nuestro Redentor había recompensado su soberbia y la inobediencia que tuvieron en el cielo no queriendo sujetarse y reconocerle por superior en la carne humana; y que por esto, con suma sabiduría y equidad eran humillados y vencidos por aquel mismo Señor que ellos despreciaron. Y como a la dignidad grande y méritos infinitos de Cristo era consiguiente que en aquella hora ejecutase el oficio y potestad de juez de los ángeles y de los hombres, como el Eterno Padre se lo había cometido, usando de su virtud y como intimando la sentencia a Lucifer en la misma ejecución, le mandó a él y a todos los demonios que como condenados al fuego eterno bajasen luego todos a lo más profundo de aquellos calabozos infernales. Y luego a un mismo tiempo pronunció la séptima palabra: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (Lc 23, 46). Concurrió la poderosa Reina y Madre de Jesús con la voluntad de su Hijo santísimo y mandó

también a Lucifer y sus aliados que al punto descendiesen al profundo. Y a la fuerza de este imperio del supremo Rey y de la Reina, salieron los espíritus malignos del monte Calvario y fueron precipitados hasta lo más ínfimo del infierno con mayor violencia y presteza que sale el rayo despedido de las nubes.

1422. Cristo nuestro Salvador, como victorioso triunfador, ya rendido el mayor enemigo, para entregar su espíritu al Padre, dio licencia a la muerte para que llegase, inclinando la cabeza, venciendo también a la misma muerte con este consentimiento, en que también se halló engañada la misma muerte como el demonio. La razón de esto es, porque la muerte no pudiera herir a los hombres ni tener jurisdicción sobre ellos, si no es por el primer pecado, a quien se le intimó este castigo; y por eso el Apóstol dijo que las armas o estímulo de la muerte es el pecado, que abrió la herida por donde entró ella en el mundo del linaje humano; y como nuestro Salvador pagó la deuda del pecado y no le pudo cometer, por esto, cuando la muerte le quitó la vida sin tener derecho contra Su Majestad, perdió el que tenía contra los demás hijos de Adán, para que desde entonces ni la muerte ni el demonio pudiesen ofenderlos como antes, si los mismos hombres, no se les volviesen a sujetar de su propia voluntad. Si nuestro primer padre Adán no pecara y no hubiéramos pecado todos en él, no hubiera pena de muerte, sino un tránsito de aquel feliz estado al felicísimo de la eterna patria. Pero el pecado nos hizo súbditos de la muerte y esclavos del demonio, que nos la procuró, para que valiéndose de ella nos privase del tránsito a la vida eterna, y primero de la gracia, dones y amistad de Dios; y quedamos en servidumbre del pecado y del demonio y sujetos a su tirano e inicuo imperio. Todas estas obras del demonio disolvió Cristo nuestro Señor y, muriendo sin culpa y satisfaciendo por las nuestras, hizo que la muerte sólo fuese corporal y no del alma; que nos

quitase la vida corporal y no la eterna, la natural y no la espiritual, antes bien fuese puerta para pasar a la última felicidad, si nosotros no queremos perderla. Así cumplió Su Majestad la pena y el castigo del primer pecado, disponiendo también que con la muerte corporal y natural, admitida por su amor, fuese la recompensa que de nuestra parte podíamos ofrecer. De esta manera absorbió Cristo nuestro Señor la muerte (1 Cor 15, 54), y la suya fue el bocado con que le engañó (Os 13, 14) y con su muerte santísima le quitó las fuerzas y la vida y la dejó vencida y muerta.

1423. Cumplióse en este triunfo de nuestro Salvador la profecía de Habacuc en su cántico y oración, de que sólo tomaré las palabras que bastan para mi intento. Conoció el Profeta este misterio y el poder de Cristo contra la muerte y el demonio, y con temor santo pidió al Señor que vivificase su obra, que es el hombre, y profetizó que lo haría; y cuando más indignado se acordaría de su misericordia; que la gloria de esta maravilla llenaría los cielos y su alabanza a la tierra; su resplandor sería como la luz; y que en sus manos tendría los cuernos, que son los brazos de la Cruz, y que en ella estaba su fortaleza escondida; que la muerte iría delante de su cara como cautiva y vencida; que delante de sus pies saldría el demonio y mediría la tierra (Hab 3, 2-5). Y todo se ejecutó a la letra; porque Lucifer salió como hollado y quebrantada su cabeza de los pies de Cristo y de su Madre santísima, que en el Calvario le conculcaron y pisaron con su pasión y poder. Y porque bajó hasta el centro de la tierra —que es lo ínfimo del infierno y lo más lejos de la superficie— por esto dije que midió la tierra. Todo lo demás del cántico pertenece al triunfo de Cristo Señor nuestro en el suceso de la Iglesia hasta el fin y no es necesario repetirlo ahora. Pero lo que es justo que todos los hombres entendamos es que Lucifer y sus demonios quedaron con la muerte de Cristo nuestro

Salvador atados, quebrantados y debilitados para tentar a las criaturas racionales, si ellas con sus culpas y por su voluntad no le hubieran desatado y alentado su soberbia para volver con nuevos bríos a perder el mundo. Todo se conocerá mejor del conciliábulo que hizo en el infierno y de lo que diré en lo restante de esta Historia.

1424. *Conciliábulo que hizo Lucifer con sus demonios en el infierno, después de la muerte de Cristo nuestro Señor.*—La caída de Lucifer con sus demonios desde el monte Calvario al profundo del infierno fue más turbulenta y furiosa que cuando fue arrojado del cielo. Y aunque siempre aquel lugar es tierra tenebrosa y cubierta de las sombras de la muerte, de caliginosa confusión, de miserias, tormentos y desorden, como dice el Santo Profeta Job [Día 10 de mayo: In terra Hus sancti Job Prophetae admirandae patientiae viri] (Job 20, 21), pero en esta ocasión fue mayor su infelicidad y turbación, porque los condenados recibieron nuevo horror y accidental pena con la ferocidad y encuentros que bajaron los demonios y el despecho que rabiosos manifestaban. Cierto es que no tienen potestad en el infierno para poner las almas a su voluntad en lugares de mayor o menor tormento, porque esto lo dispensa el poder de la divina justicia según los deméritos de cada uno de los condenados, porque con esta medida sean atormentados; pero, a más de la pena esencial, dispone el justo Juez que puedan sucesivamente padecer otras penas accidentales en algunas ocasiones, porque sus pecados dejaron en el mundo raíces y muchos daños para otros que por su causa se condenan y el nuevo efecto de sus pecados no retratados les causa estas penas. Atormentaron los demonios a Judas Iscariotes con nuevas penas, por haber vendido y procurado la muerte a Cristo. Y conocieron entonces que aquel lugar de tan formidables penas, donde le habían puesto —de que hablé arriba (Cf. supra n. 1249)— era

destinado para castigo de los que se condenasen con fe y sin obras y los que despreciasen de intento el culto de esta virtud y el fruto de la Redención humana. Y contra éstos manifiestan los demonios mayor indignación, como la concibieron contra Jesús y María.

1425. Luego que Lucifer tuvo permiso para esto y para levantarse del aterramiento en que estuvo algún tiempo, procuró intimar a los demonios su nueva soberbia contra el Señor. Para esto los convocó a todos y puesto en lugar eminente les habló y dijo: A vosotros, que por tantos siglos habéis seguido y seguiréis mi justa parcialidad en venganza de mis agravios, es notorio el que ahora he recibido de este nuevo Hombre y Dios y cómo por espacio de treinta y tres años me ha traído engañado, ocultándome el ser divino que tenía y encubriendo las operaciones de su alma y alcanzando de nosotros el triunfo que ha ganado con la misma muerte que para destruirle le procuramos. Antes que tomara carne humana le aborrecí y no me sujeté a reconocerle por más digno que yo de que todos le adorasen como superior. Y aunque por esta resistencia fui derribado del cielo con vosotros y convertido en la fealdad que tengo, indigna de mi grandeza y hermosura, pero más que todo esto me atormenta hallarme tan vencido y oprimido de este Hombre y de su Madre. Desde el día que fue criado el primer hombre los he buscado con desvelo para destruirlos y, si no a ellos, a todas sus hechuras, y que ninguna le admitiese por su Dios ni le siguiese, y que sus obras no resultasen en beneficio de los hombres. Estos han sido mis deseos, estos mis cuidados y conatos, pero en vano, pues me venció con su humildad y pobreza, me quebrantó con su paciencia y al fin me derribó del imperio que tenía en el mundo con su pasión y afrentosa muerte. Esto me atormenta de manera, que si a él le derribara de la diestra de su Padre, donde ya estará triunfante, y a todos sus redimidos los trajera a estos

infiernos, aun no quedara mi enojo satisfecho, ni se aplacara mi furor.

1426. ¿Es posible que la naturaleza humana, tan inferior a la mía, ha de ser tan levantada sobre todas las criaturas, que ha de ser tan amada y favorecida de su Criador que la juntase a sí mismo en la persona del Verbo Eterno, que antes de ejecutarse esta obra me hiciese guerra y después me quebrantase con tanta confusión mía? Siempre la tuve por enemiga cruel, siempre me fue aborrecible e intolerable. ¡Oh hombres tan favorecidos y regalados del Dios que yo aborrezco y amados de su ardiente caridad! ¿Cómo impediré vuestra dicha?, ¿cómo os haré infelices cual yo soy, pues no puedo aniquilar al mismo ser que recibisteis? ¿Qué hacemos ahora, oh vasallos míos?, ¿cómo restauraremos nuestro imperio?, ¿cómo cobraremos fuerzas contra el hombre?, ¿cómo podremos ya vencerle? Porque si de hoy más no son los mortales insensibles e ingrátísimos, si no son peores que nosotros contra este hombre y Dios que con tanto amor los ha redimido, claro está que todos le seguirán a porfía, todos le darán el corazón y abrazarán su suave ley, ninguno admitirá nuestros engaños, aborrecerán las honras que falsamente les ofrecemos y amarán el desprecio, querrán la mortificación de su carne y conocerán el peligro de los deleites, dejarán los tesoros y riquezas y amarán la pobreza que tanto honró su Maestro y a todo cuanto nosotros pretendamos aficionar sus apetitos les será aborrecible por imitar a su verdadero Redentor. Con esto se destruye nuestro reino, pues nadie vendrá con nosotros a este lugar de confusión y tormento, y todos alcanzarán la felicidad que nosotros perdimos, todos se humillarán hasta el polvo y padecerán con paciencia, y no se logrará mi indignación y soberbia.

1427. ¡Oh infeliz de mí, y qué tormento me causa mi propio engaño! Si le tenté en el desierto, fue darle

ocasión para que con aquella victoria dejase ejemplo a los hombres y que en el mundo le hubiese tan eficaz para vencerme. Si le perseguí, fue ocasionar la enseñanza de su humildad y paciencia. Si persuadí a Judas Iscariotes que le vendiese y a los judíos que con mortal odio le atormentasen y pusiesen en la Cruz, con estas diligencias solicité mi ruina y el remedio de los hombres y que en el mundo quedase aquella doctrina que yo pretendí extinguir. ¿Cómo se pudo humillar tanto el que era Dios? ¿Cómo sufrió tanto de los hombres siendo tan malos? ¿Cómo yo mismo ayudé tanto para que la redención humana fuese tan copiosa y admirable? ¡Oh qué fuerza tan divina la de este Hombre, que así me atormenta y debilita! Y aquella mi enemiga, Madre suya, ¿cómo es tan invencible y poderosa contra mí? Nueva es en pura criatura tal potencia y sin duda la participa del Verbo eterno, a quien vistió de carne. Siempre me hizo grande guerra el Todopoderoso por medio de esta mujer tan aborrecible a mi altivez, desde que la conocí en su señal o idea. Pero si no se aplaca mi soberbia indignación, no me despido de hacer perpetua guerra a este Redentor, a su Madre y a los hombres. Ea, demonios de mi séquito, ahora es el tiempo de ejecutar la ira contra Dios. Llegad todos a conferir conmigo por qué medios lo haremos, que deseo en esto vuestro parecer.

1428. A esta formidable propuesta de Lucifer respondieron algunos demonios de los más superiores, animándole con diversos arbitrios que fabricaron para impedir el fruto de la Redención en los hombres. Y convinieron todos en que no era posible ofender a la persona de Cristo, ni menguar el valor inmenso de sus merecimientos, ni destruir la eficacia de los Sacramentos, ni falsificar ni revocar la doctrina que Cristo nuestro Señor había predicado; pero no obstante todo esto convenía que, conforme a las nuevas causas, medios y

favores que Dios había ordenado para el remedio de los hombres, se inventasen allí nuevos modos de impedirlos, pervirtiéndolos con mayores tentaciones y falacias. Y para esto algunos demonios de mayor astucia y malicia dijeron: Verdad es que los hombres tienen ya nueva doctrina y ley muy poderosa, tienen nuevos y eficaces sacramentos, nuevo ejemplar y maestro de las virtudes y poderosa intercesora y abogada en esta nueva Mujer; pero las inclinaciones y pasiones de su carne y naturaleza siempre es una misma y las cosas deleitables y sensibles no se han mudado. Por este medio, añadiendo nueva astucia, desharemos, en cuanto es de nuestra parte, lo que este Dios y Hombre ha obrado por ellos, y les haremos poderosa guerra procurando atraerlos con sugeriones, irritando sus pasiones, para que con grande ímpetu las sigan sin atender a otra cosa, y la condición humana, tan limitada, embarazada en un objeto, no puede atender al contrario.

1429. Con este arbitrio comenzaron de nuevo a repartir oficios entre los demonios, para que con nueva astucia se encargasen como por cuadrillas de diferentes vicios en que tentar a los hombres. Determinaron que se procurase conservar en el mundo la idolatría, para que los hombres no llegasen al conocimiento del verdadero Dios ni de la Redención humana. Y si esta idolatría faltaba, arbitraron que se inventasen nuevas sectas y herejías en el mundo, y que para todo esto buscasen los hombres más perversos y de inclinaciones depravadas que primero las admitiesen y fuesen maestros y cabezas de los errores. Y allí fueron fraguadas en el pecho de aquellas venenosas serpientes la secta de falso profeta Mahoma, las herejías de Arrio, de Pelagio, de Nestorio y cuantas se han conocido en el mundo desde la primitiva Iglesia hasta ahora, y otras que tienen maquinadas, que ni es necesario ni conveniente referirlas. Y este infernal arbitrio aprobó Lucifer, porque se oponía a la divina

verdad y destruía el fundamento de la salvación humana, que consiste en la fe divina; y a los demonios que lo intentaron y se encargaron de buscar hombres impíos para introducir estos errores, los alabó y acarició y los puso a su lado.

1430. Otros demonios tomaron por su cuenta pervertir las inclinaciones de los niños, observando las de su generación y nacimiento. Otros, de hacer negligentes a sus padres en la educación y doctrina de los hijos o por demasiado amor o aborrecimiento, y que los hijos aborreciesen a sus padres. Otros se ofrecieron a poner odio entre los maridos y mujeres y facilitarlos los adulterios y despreñar la justicia y fidelidad que se deben. Y todos convinieron en que sembrarían entre los hombres rencillas, odios, discordias y venganzas, y para esto los moviesen con sugerencias falsas, con inclinaciones soberbias y sensuales, con avaricia y deseo de honras y dignidades, y les propusiesen razones aparentes contra todas las virtudes que Cristo nuestro Señor había enseñado, y sobre todo divirtiesen a los mortales de la memoria de su pasión y muerte y del remedio de la Redención, de las penas del infierno y de su eternidad. Y por estos medios les pareció a todos los demonios que los hombres ocuparían sus potencias y cuidados en las cosas deleitables y sensibles y no les quedaría atención ni consideración de las espirituales, ni de su propia salvación.

1431. Oyó Lucifer éstos y otros arbitrios de los demonios y respondiendo dijo: Con vuestros pareceres quedo muy obligado y todos los admito y apruebo, y todo será fácil de alcanzar con los que no profesaren la ley que este Redentor ha dado a los hombres; pero en los que la admitan y abracen, dificultosa empresa será, mas en ella y contra éstos pretendo estrenar mi saña y furor y perseguir acérrimamente a los que oyeren la doctrina de

este Redentor y le siguieren, y contra ellos ha de ser nuestra guerra sangrienta hasta el fin del mundo. En esta nueva Iglesia he de procurar sobresembrar mi cizaña, las ambiciones, la codicia, la sensualidad y los mortales odios, con todos los vicios de que soy cabeza. Porque si una vez se multiplican y crecen los pecados entre los fieles, con estas injurias y su pesada ingratitud irritarán a Dios para que les niegue con justicia los auxilios de la gracia que les deja su Redentor tan merecidos, y si con sus pecados se privan de este camino de su remedio, segura tendremos la victoria contra ellos. También es necesario trabajemos en quitarles la piedad y todo lo que es espiritual y divino, que no entiendan la virtud de los Sacramentos, o que los reciban en pecado, y cuando no le tengan que sea sin fervor ni devoción; que como estos beneficios son espirituales, es menester admitirlos con afecto de voluntad, para que tenga más fruto quien los usare. Y si una vez llegaren a despreciar la medicina, tarde recuperarán la salud y resistirán menos a nuestras tentaciones, no conocerán nuestros engaños, olvidarán los beneficios, no estimarán la memoria de su propio Redentor ni la intercesión de su Madre, y esta feísima ingratitud los hará indignos de la gracia, e irritado su Dios y Salvador se la niegue. Y en esto quiero que todos me ayudéis con grande esfuerzo, no perdiendo tiempo ni ocasión de ejecutar lo que os mando.

1432. No es posible referir los arbitrios que maquinó el Dragón y sus aliados en esta ocasión contra la Santa Iglesia y sus hijos, para que estas aguas del Río Jordán entrasen en su boca (Job 40, 18). Basta decir que les duró esta conferencia casi un año entero después de la muerte de Cristo y considerar el estado que ha tenido el mundo y el que tiene después de haber crucificado a Cristo nuestro bien y maestro y haber manifestado Su Majestad la verdad de su fe con tantas luces de milagros, beneficios y ejemplos de varones santos. Y si todo esto no

basta para reducir a los mortales al camino de la salvación, bien se deja entender cuánto ha podido Lucifer con ellos y que su ira es tan grande, que podemos decir con San Juan Evangelista (Ap 22, 12): ¡Ay de la tierra, que baja a vosotros Satanás lleno de indignación y furor! Mas ¡ay dolor, que verdades tan infalibles como éstas y tan importantes para conocer nuestro peligro y excusarle con todas nuestras fuerzas, estén hoy tan borradas de la memoria de los mortales con tan irreparables daños del mundo! El enemigo astuto, cruel y vigilante, inosotros dormidos, descuidados y flacos! ¿Qué maravilla es que Lucifer se haya apoderado tanto del mundo, si muchos le oyen, le admiten y siguen sus engaños y pocos le resisten, porque se olvidan de la eterna muerte que con implacable indignación y malicia les procura? Pido yo a los que esto leyeren, no quieran olvidar tan formidable peligro, y si no le conocen por el estado del mundo y sus desdichas y por los daños que cada uno experimenta en sí mismo, conózcanlo a lo menos por la medicina y remedios tantos y tan poderosos que dejó en la Iglesia nuestro Salvador y Maestro, pues no aplicara tan abundante antídoto si nuestra dolencia y peligro de morir eternamente no fuera tan grande y formidable.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

1433. Hija mía, gran inteligencia has recibido con la divina luz del glorioso triunfo que mi Hijo y mi Señor alcanzó en la Cruz de los demonios y de la opresión con que los dejó vencidos y rendidos. Pero debes entender que ignoras mucho más de lo que has conocido de misterios tan inefables, porque viviendo en carne mortal no tiene disposición la criatura para penetrarlos como ellos son en sí mismos, y la divina Providencia reserva su total conocimiento para premio de los santos del cielo y a su vista beatífica, donde se alcanzan estos misterios con perfecta penetración, y

también para confusión de los réprobos en el grado que lo conocerán al fin de su carrera. Pero basta lo que has entendido para quedar enseñada del peligro de la vida mortal y alentada con la esperanza de vencer a tus enemigos. Y quiero también que adviertas mucho la nueva indignación que contra ti ha concebido el Dragón por lo que dejas escrito en este capítulo. Siempre la ha tenido y procurado impedirte para que no escribieras mi Vida, y tú lo has conocido en todo su discurso. Pero ahora se ha irritado su soberbia de nuevo por lo que has manifestado, la humillación, quebranto y ruina que recibió en la muerte de mi Hijo santísimo y el estado en que le dejó y los arbitrios que fabricó con sus demonios para vengar su caída en los hijos de Adán y más en los de la Santa Iglesia. Todo esto le ha turbado y alterado de nuevo, por ver que se manifiesta a los que lo ignoraban. Y tú sentirás esta indignación en los trabajos que moverá contra ti, con varias tentaciones y persecuciones, que ya has comenzado a reconocer y a experimentar la saña y crueldad de este enemigo; y te aviso para que estés muy advertida.

1434. Admiración te causa, y con razón, haber conocido por una parte el poder de los merecimientos de mi Hijo y redención humana y la ruina y debilitación que causó en los demonios, y por otra parte verlos tan poderosos y señoreando al mundo con formidable osadía. Y aunque a esta admiración te responde la luz que se te ha dado en lo que dejas escrito, quiero añadirte más, para que tu cuidado sea mayor contra enemigos tan llenos de malicia. Cierto es que cuando conocieron el sacramento de la Encarnación y Redención y que mi Hijo santísimo había nacido tan pobre, humilde y despreciado, su vida, milagros, pasión y muerte misteriosa, y todo lo demás que obró en el mundo para traer a sí a los hombres, quedó Lucifer y sus demonios debilitados y sin fuerzas para tentar a los fieles, como solían a los demás, y como

siempre deseaban. En la primitiva Iglesia perseveró muchos años este terror de los demonios y el temor que tenían a los bautizados y seguidores de Cristo nuestro Señor, porque resplandecía en ellos la virtud divina por medio de la imitación y fervor con que profesaban su santa fe, seguían la doctrina del Evangelio, ejecutaban las virtudes con heroicos y ferventísimos actos de amor, de humildad, paciencia y desprecio de las vanidades y engaños aparentes del mundo; y muchos derramaban su sangre y daban la vida por Cristo nuestro Señor y hacían obras excelentes y admirables por la exaltación de su santo nombre. Esta invencible fortaleza les redundaba de estar tan inmediatos a la pasión y muerte de su Redentor y tener más presente el prodigioso ejemplar de su grandiosa paciencia y humildad, y por ser menos tentados de los demonios, que no pudieron levantarse del pesado atterramiento en que los dejó el triunfo del divino Crucificado.

1435. Esta imagen viva e imitación de Cristo, que reconocían los demonios en aquellos primeros hijos de la Iglesia, temían de manera que no se atrevían a llegar a ellos y luego huían de su presencia, como sucedía con los Apóstoles y los demás justos que gozaron de la doctrina de mi Hijo santísimo. Ofrecían al Altísimo en su perfectísimo obrar las primicias de la gracia y Redención. Y lo mismo sucediera hasta ahora, como se ve y experimenta en los perfectos y santos, si todos los católicos admitieran la gracia, obraran con ella, no la tuvieran vacía y siguieran el camino de la cruz, como el mismo Lucifer lo temió, y lo dejé escrito. Pero luego con el tiempo se comenzó a resfriar la caridad, el fervor y devoción en muchos fieles, y fueron olvidando el beneficio de la Redención, admitieron las inclinaciones y deseos carnales, amaron la vanidad y la codicia y se han dejado engañar y fascinar de las fabulaciones falsas de Lucifer, con que han oscurecido la gloria del Señor y se

han entregado a sus mortales enemigos. Con esta fea ingratitud ha llegado el mundo al infelicísimo estado que tiene, y los demonios han levantado su soberbia contra Dios, presumiendo apoderarse de todos los hijos de Adán, por el olvido y descuido de los católicos. Y llega su osadía a intentar la destrucción de toda la Iglesia, pervirtiendo a tantos que la nieguen, y a los que están en ella que la desestimen o que no se aprovechen del precio de la sangre y muerte de su Redentor. Y la mayor calamidad es que no acaban de conocer este daño muchos católicos, ni cuidan del remedio, aunque pueden presumir han llegado a los tiempos que mi Hijo santísimo amenazó cuando habló a las hijas de Jerusalén (Lc 23, 28), que serían dichosas las estériles y muchos pedirían a los montes y collados que los enterrasen y cayesen sobre ellos, para no ver el incendio de tan feas culpas como van talando a los hijos de perdición, como maderos secos y sin fruto y sin ninguna virtud. En este mal siglo vives, oh hija mía, y para que no te comprenda la perdición de tantas almas, llórala con amargura de corazón y nunca olvides los misterios de la encarnación, pasión y muerte de mi Hijo santísimo, que quiero los agradezcas tú por muchos que los desprecian. Y te aseguro que sola esta memoria y meditación es de gran terror para el infierno y atormenta y aleja a los demonios, y ellos huyen y se apartan de los que con agradecimiento se acuerdan de la vida y misterios de mi Hijo santísimo.

CAPITULO 24

La herida que dieron con la lanza en el costado de Cristo ya difunto, su descendimiento de la cruz y sepultura y lo que en estos pasos obró María santísima hasta que volvió al cenáculo.

1436. El Evangelista San Juan Evangelista dice (Jn 19, 25) que cerca de la cruz estaba María santísima Madre

de Jesús, acompañada de Santa María Cleofás [Día 9 de abril: In Judaea sanctae Maríae Cléophae, quam beátus Joáñnes Evangelista sorórem sactíssimae Dei Genitrícis Maríae núcupat, et cum hac simul juxta crucem Jesu stetísse narrat.] y Santa María Magdalena [Día 22 de julio: Apud Massíliam, in Gállia, natális sanctae Maríae Magdalénae, de qua Dóminus ejécit septem daemónia, et quae ipsum Salvátorem a mórtuis resurgéntem prima vidére méruit.] ; y aunque esto lo refiere de antes que expirase nuestro Salvador, se ha de entender que perseveró la invicta Reina después, estando siempre en pie, arrimada a la Cruz, adorando en ella a su muerto Jesús y a la divinidad que siempre estaba unida al sagrado cuerpo. Estaba la gran Señora constantísima, inmóvil en sus inefables virtudes, entre las olas impetuosas de dolores que entraban hasta lo íntimo de su castísimo corazón, y con su eminente ciencia confería en su pecho los misterios de la Redención humana y la armonía con que la sabiduría divina disponía todos aquellos sacramentos; y la mayor aflicción de la Madre de Misericordia era la desleal ingratitud que los hombres con tanto daño propio mostrarían a beneficio tan raro y digno de eterno agradecimiento. Estaba asimismo cuidadosa cómo daría sepultura al sagrado cuerpo de su Hijo santísimo, quién se le bajaría de la cruz, a donde siempre tenía levantados sus divinos ojos. Con este doloroso cuidado se convirtió a sus Santos Ángeles que la asistían y les dijo: Ministros del Altísimo y amigos míos en la tribulación, vosotros conocéis que no hay dolor como mi dolor; decidme, pues, cómo bajaré de la cruz al que ama mi alma, cómo y dónde le daré honorífica sepultura, que como madre me toca este cuidado; decidme qué haré y ayudadme en esta ocasión con vuestra diligencia.

1437. Respondiéronla los Santos Ángeles: Reina y Señora nuestra, dilátese Vuestro afligido corazón para lo

que resta de padecer. El Señor todopoderoso ha encubierto de los mortales su gloria y su potencia para sujetarse a la impía disposición de los crueles malignos y quiere consentir que se cumplan las leyes puestas por los hombres, y una es que los sentenciados a muerte no se quiten de la cruz sin licencia del mismo juez. Prestos y poderosos fuéramos nosotros en obedeceros y en defender a nuestro verdadero Dios y Criador, pero su diestra nos detiene, porque su voluntad es justificar en todo su causa y derramar la parte de sangre que le resta en beneficio de los hombres, para obligarlos más al retorno de su amor que tan copiosamente los redimió (Sal 129, 7). Y si de este beneficio no se aprovecharen como deben, será lamentable su castigo, y su severidad será la recompensa de haber caminado Dios con pasos lentos en su venganza.—Esta respuesta de los Ángeles acrecentó el dolor de la afligida Madre, porque no se le había manifestado que su Hijo santísimo había de ser herido con la lanzada, y el recelo de lo que sucedería con el sagrado cuerpo la puso en nueva tribulación y congoja.

1438. Vio luego el tropel de gente armada que venía encaminándose al monte Calvario, y creciendo el temor de algún nuevo oprobio que harían contra el Redentor muerto, habló con San Juan Evangelista y las Marías y dijo: ¡Ay de mí, que llega ya el dolor a lo último y se divide mi corazón en el pecho! ¿Por ventura no están satisfechos los ministros y judíos de haber muerto a mi Hijo y Señor? ¿Si pretenden ahora alguna nueva ofensa contra su sagrado cuerpo ya difunto?—Era víspera de la gran fiesta del sábado de los judíos y para celebrarla sin cuidado habían pedido a Pilatos licencia para quebrantar las piernas a los tres ajusticiados, con que acabasen de morir, y los bajasen aquella tarde de las cruces y no quedasen en ellas el día siguiente. Con este intento llegó al Calvario aquella compañía de soldados que vio María santísima, y en llegando, como hallaron

vivos a los dos ladrones, les quebrantaron las piernas, con que acabaron la vida; pero llegando a Cristo nuestro Salvador, como le hallaron muerto, no le quebrantaron las piernas; cumpliéndose la misteriosa profecía del Éxodo (Ex 12, 42) en que mandaba Dios no quebrantasen los huesos del cordero figurativo, que comían la Pascua. Pero un soldado que se llamaba San Longinos [Día 15 de marzo: Caesaréae, in Cappadócia, pássio sancti Longíni mílitis, qui Dómini latus láncea perforásse perhibétur.], arrimándose a la cruz de Cristo nuestro Salvador, le hirió con una lanza penetrándole su costado, y luego salió de la herida sangre y agua, como lo afirma San Juan Evangelista (Jn 19, 34-35) que lo vio y dio testimonio de la verdad.

1439. Esta herida de la lanzada, que no pudo sentir el cuerpo sagrado y ya muerto, sintió su Madre santísima, recibiendo en su castísimo pecho el dolor, como si recibiera la herida. Pero a este tormento sobreexcedió el que recibió su alma santísima, viendo la nueva crueldad con que habían rompido el costado de su Hijo ya difundo; y movida de igual compasión y piedad, olvidando su propio tormento, dijo a Longinos: El Todopoderoso te mire con ojos de misericordia por la pena que has dado a mi alma. Hasta aquí no más llegó su indignación o, para decirlo mejor, su piadosísima mansedumbre, para doctrina de todos los que fuésemos ofendidos. Porque en la estimación de la candidísima paloma, esta injuria que recibió Cristo muerto fue muy ponderable, y el retorno que le dio al delincuente fue el mayor de los beneficios, que fue mirarle Dios con ojos de misericordia, dándole bendiciones y dones por agravios al ofensor. Y sucedió así; porque obligado nuestro Salvador de la petición de su Madre santísima, ordenó que de la sangre y agua que salió de su divino costado salpicasen algunas gotas a la cara de San Longinos y por medio de este beneficio le dio vista corporal, que casi no la tenía, y al mismo tiempo se

la dio en su alma para conocer al Crucificado, a quien inhumanamente había herido. Con este conocimiento se convirtió San Longinos y llorando sus pecados los lavó con la sangre y agua que salió del costado de Cristo, y lo conoció y confesó por verdadero Dios y Salvador del mundo. Y luego lo predicó en presencia de los judíos, para mayor confusión y testimonio de su dureza .

1440. La prudentísima Reina conoció el misterio de la lanzada y cómo en aquella última sangre y agua que salió del costado de su Hijo santísimo salía de él la nueva Iglesia lavada y renovada en virtud de su pasión y muerte, y que del sagrado pecho salían como de raíz los ramos que por todo el mundo se extendieron con frutos de vida eterna. Confirió asimismo en su pecho interiormente el misterio de aquella piedra herida con la vara de la justicia del Eterno Padre (Ex 17, 6), para que despidiese agua viva con que mitigar la sed de todo el linaje humano, refrigerando y recreando a cuantos de ella fuesen a beber. Consideró la correspondencia de estas cinco fuentes de pies, manos y costado, que se abrieron en el nuevo paraíso de la humanidad santísima de Cristo nuestro Señor, más copiosas y eficaces para fertilizar el mundo que las del paraíso terrestre divididas en cuatro partes por la superficie de la tierra (Gen 2, 10). Estos y otros misterios recopiló la gran Señora en un cántico de alabanza que hizo en gloria de su Hijo santísimo, después que fue herido con la lanza. Y con el cántico hizo ferventísima oración, para que todos aquellos sacramentos de la Redención se ejecutasen en beneficio de todo el linaje humano.

1441. Corría ya la tarde de aquel día de Parasceve y la Madre piadosísima aún no tenía certeza de lo que deseaba, que era la sepultura para su difunto Hijo Jesús; porque Su Majestad daba lugar a que la tribulación de su amantísima Madre se aliviase por los medios que su

divina Providencia tenía dispuestos, moviendo el corazón de José de Arimatea y Nicodemus para que solicitasen la sepultura y entierro de su Maestro. Eran entrambos discípulos del Señor y justos, aunque no del número de los setenta y dos; porque eran ocultos por el temor de los judíos, que aborrecían como a sospechosos y enemigos a todos cuantos seguían la doctrina de Cristo nuestro Señor y le reconocían por Maestro. No se le había manifestado a la prudentísima Virgen el orden de la voluntad divina sobre lo que deseaba de la sepultura para su Hijo santísimo, y con la dificultad que se le representaba crecía el doloroso cuidado de que no hallaba salida con su propia diligencia. Y estando así afligida levantó los ojos al cielo y dijo: Eterno Padre y Señor mío, por la dignación de Vuestra bondad y sabiduría infinita fui levantada del polvo a la dignidad altísima de Madre de vuestro Eterno Hijo, y con la misma liberalidad de Dios inmenso me concedisteis que le criase a mis pechos, le alimentase y le acompañase hasta la muerte; ahora me toca como a Madre dar a su sagrado cuerpo honorífica sepultura y sólo llegan mis fuerzas a desearlo y dividírseme el corazón de que no lo consigo. Suplico a Vuestra Majestad, Dios mío, dispongáis con Vuestro poder los medios para que yo lo ejecute.

1442. Esta oración hizo la piadosa Madre después que recibió el cuerpo de Jesús difunto la lanzada y en breve espacio reconoció que venía hacia el Calvario otra tropa de gente con escalas y aparato de otras cosas que pudo imaginarse venían a quitar de la cruz su inestimable tesoro; pero como no sabía el fin, se afligió de nuevo en el recelo de la crueldad judaica, y volviéndose a San Juan Evangelista le dijo: Hijo mío, ¿qué será este intento de los que vienen con tanta prevención?—El Apóstol respondió: No temáis, Señora mía, a los que vienen, que son José y Nicodemus con otros criados suyos y todos son amigos y siervos de vuestro Hijo santísimo y mi Señor.—Era José

justo en los ojos del Altísimo y en la estimación del pueblo noble y decurión con oficio de gobierno y del Consejo, como lo da a entender el Evangelio, que dice no consintió José en el consejo ni obras de los homicidas de Cristo, a quien reconocía por verdadero Mesías. Y aunque hasta su muerte era José discípulo encubierto, pero en ella se manifestó, obrando estos nuevos efectos la eficacia de la Redención. Y rompiendo José el temor que antes tenía a la envidia de los judíos y no reparando en el poder de los romanos, entró con osadía a Pilatos y le pidió el cuerpo de Jesús, difunto en la cruz, para bajarle de ella y darle honrosa sepultura, afirmando que era inocente y verdadero Hijo de Dios, y que esta verdad estaba testificada con los milagros de su vida y muerte.

1443. Pilatos no se atrevió a negar a José lo que pedía, antes le dio licencia para que dispusiese del cuerpo difunto de Jesús todo lo que le pareciese bien. Y con este permiso salió José de casa del juez y llamó a Nicodemus, que también era justo y sabio en las letras divinas y humanas y en las Sagradas Escrituras, como se colige de lo que le sucedió cuando de noche fue a oír la doctrina de Cristo nuestro Señor, como lo cuenta San Juan Evangelista (Jn 3, 2). Estos dos varones santos, con valeroso esfuerzo se resolvieron en dar sepultura a Jesús crucificado. Y José previno la sábana y sudario en que envolverle y Nicodemus compró hasta cien libras de las aromas con que los judíos acostumbraban a ungir los difuntos de mayor nobleza. Y con esta prevención, y de otros instrumentos, caminaron al Calvario, acompañados de sus criados y de algunas personas pías y devotas, en quienes también obraba ya la sangre del divino Crucificado, por todos derramada.

1444. Llegaron a la presencia de María santísima, que con dolor incomparable asistía al pie de la cruz, acompañada de San Juan Evangelista y las Marías, y en

vez de saludarla, con la vista del divino y lamentable espectáculo se renovó en todos el dolor con tanta fuerza y amargura, que por algún espacio estuvieron José y Nicodemus postrados a los pies de la gran Reina, y todos al de la cruz, sin contener las lágrimas y suspiros, sin hablar palabra; lloraban todos con clamores y lamentos de amargura, hasta que la invicta Reina los levantó de tierra y los animó y confortó, y entonces la saludaron con humilde compasión. La advertidísima Madre les agradeció su piedad y el obsequio que hacían a su Dios, Señor y Maestro, en darle sepultura a su cuerpo muerto, en cuyo nombre les ofreció el premio de aquella obra. José de Arimatea respondió y dijo: Ya, Señora nuestra, sentimos en el secreto de nuestros corazones la dulce y suave fuerza del divino Espíritu, que nos ha movido con afectos tan amorosos, que ni los pudimos merecer, ni los sabemos explicar.—Luego se quitaron las capas o mantos que tenían y por sus manos José y Nicodemus arrimaron las escalas a la Santa Cruz y subieron a desenclavar el sagrado cuerpo, estando la dolorosa Madre muy cerca, y San Juan Evangelista con Santa María Magdalena asistiéndola. Parecióle a José que se renovarían el dolor de la divina Señora, llegando tocar el sagrado cuerpo cuando le bajasen, y advirtió al Apóstol que la retirase un poco de aquel acto, para divertirla. Pero San Juan Evangelista, que conocía más el invencible corazón de la Reina, respondió que desde el principio de la pasión había asistido a todos los trabajos del Señor y que no le dejaría hasta el fin, porque le veneraba como a Dios y le amaba como a Hijo de sus entrañas.

1445. Con todo esto le suplicaron tuviese por bien de retirarse un poco mientras ellos bajaban de la cruz a su Maestro. Respondió la gran Señora y dijo: Señores míos carísimos, pues me hallé a ver clavar en la cruz a mi dulcísimo Hijo, tened por bien me halle a desenclavarle, que este acto tan piadoso, aunque lastime de nuevo el

corazón, cuanto más tratado y visto, dará mayor aliento en el dolor.—Con esto comenzaron a disponer el descendimiento. Y quitaron lo primero la corona de la sagrada cabeza, descubriendo las heridas y roturas que dejaba en ella muy profundas, bajáronla con gran veneración y lágrimas y la pusieron en manos de la dulcísima Madre. Recibióla estando arrodillada y con admirable culto y la adoró, llegándola a su virginal rostro y regándola con abundantes lágrimas, recibiendo con el contacto alguna parte de las heridas de las espinas. Pidió al Padre Eterno hiciese cómo aquellas espinas consagradas con la sangre de su Hijo fuesen tenidas en digna reverencia por los fieles a cuyo poder viniesen en el tiempo futuro.

1446. Luego, a imitación de la Madre, las adoraron San Juan Evangelista y Santa María Magdalena con las Marías y otras piadosas mujeres y fieles que allí estaban; y lo mismo hicieron con los clavos. Entregáronlos primero a María santísima y ella los adoró, y después todos los circunstantes. Para recibir la gran Señora el cuerpo muerto de su Hijo santísimo, puesta de rodillas extendió los brazos con la sábana desplegada. San Juan Evangelista asistió a la cabeza y Santa María Magdalena a los pies, para ayudar a José y Nicodemus, y todos juntos con gran veneración y lágrimas le pusieron en los brazos de la dulcísima Madre. Este paso fue para ella de igual compasión y regalo; porque el verle llagado y desfigurada aquella hermosura, mayor que la de todos los hijos de los hombres, renovó los dolores del castísimo corazón de la Madre, y el tenerle en sus brazos y en su pecho le era de incomparable dolor y juntamente de gozo, por lo que descansaba su ardentísimo amor con la posesión de su tesoro. Adoróle con supremo culto y reverencia, vertiendo lágrimas de sangre. Y tras de Su Majestad le adoraron en sus brazos toda la multitud de Ángeles que le asistían,

aunque este acto fue oculto a los circunstantes; pero todos, comenzando San Juan Evangelista, fueron adorando al sagrado cuerpo por su orden, y la prudentísima Madre le tenía en sus brazos asentada en el suelo, para que todos le diesen adoración.

1447. Gobernábase en todas estas acciones nuestra gran Reina con tan divina sabiduría y prudencia, que a los hombres y a los Ángeles era de admiración, porque sus palabra eran de gran ponderación, dulcísimas por la caricia y compasión de su difunta hermosura, tiernas por la lástima, misteriosas por lo que significaban y comprendían. Ponderaba su dolor sobre todo lo que puede causarle a los mortales, movía los corazones a compasión y lágrimas, ilustraba a todos para conocer el sacramento tan divino que trataba. Y sobre todo esto, sin exceder ni faltar en lo que debía, guardaba en el semblante una humilde majestad entre la serenidad de su rostro y dolorosa tristeza que padecía. Y con esta variedad tan uniforme hablaba con su amabilísimo Hijo, con el Eterno Padre, con los Ángeles, con los circunstantes y con todo el linaje humano, por cuya Redención se había entregado a la pasión y muerte. No me detengo más en particularizar las prudentísimas y dolorosas razones de la gran Señora en este paso, porque la piedad cristiana pensará muchas y no es posible detenerme en cada uno de estos misterios.

1448. Pasado algún espacio de tiempo que la dolorosa Madre tuvo en su seno al difunto Jesús, porque corría ya la tarde la suplicaron San Juan Evangelista y José diese lugar para el entierro de su Hijo y Dios verdadero. Permitiólo la prudentísima Madre, y sobre la misma sábana fue ungido su sagrado cuerpo con las especies y ungüentos aromáticos que trajo Nicodemus, gastando en este religioso obsequio todas las cien libras que se habían comprado. Y así ungido fue colocado el cuerpo

deífico en un féretro, para llevarle al sepulcro. La divina Señora, advertidísima en todo, convocó del cielo muchos coros de Ángeles que con los de su guarda acudiesen al entierro del cuerpo de su Criador, y al punto descendieron de las alturas en cuerpos visibles, aunque no para los demás circunstantes, sino para su Reina y Señora. Ordenóse una procesión de Ángeles y otra de hombres y levantaron el sagrado cuerpo San Juan Evangelista, José, Nicodemus y el centurión que asistió a la muerte y le confesó por Hijo de Dios; seguían la divina Madre acompañada de la Magdalena y las Marías y las otras piadosas mujeres sus discípulas. Juntóse a más de estas personas otro gran número de fieles, que movidos de la divina luz vinieron al Calvario después de la lanzada. Todos así ordenados caminaron con silencio y lágrimas a un huerto que estaba cerca, donde José tenía labrado un sepulcro nuevo, en el cual nadie se había depositado ni enterrado. En este felicísimo sepulcro pusieron el sagrado cuerpo de Jesús. Y antes de cubrirle con la lápida, le adoró de nuevo la prudente y religiosa Madre, con admiración de todos, Ángeles y hombres. Y luego unos y otros la imitaron, y todos adoraron al crucificado y sepultado Señor y cerraron el sepulcro «con la lápida, que como dice el Evangelio (Mt 27, 60) era muy grande.

1449. Cerrado el sepulcro de Cristo, al mismo punto se volvieron a cerrar los que en su muerte se abrieron, porque entre otros misterios estuvieron como aguardando si les tocara le feliz suerte de recibir en sí a su Criador humanado muerto, que es lo que le podían ofrecer, cuando los judíos no le recibían vivo y bienhechor suyo. Quedaron muchos Ángeles en guarda del sepulcro, mandándoselo su Reina y Señora, como quien dejaba en él depositado el corazón. Y con el mismo silencio y orden que vinieron todos del Calvario, se volvieron a él. Y la divina Maestra de las virtudes se llegó

a la Santa Cruz y la adoró con excelente veneración y culto. Y luego la siguieron en este acto San Juan Evangelista, José y todos los que asistían al entierro. Era ya tarde y caído el sol, y la gran Señora desde el Calvario se fue a recoger a la casa del Cenáculo, a donde la acompañaron los que estuvieron al entierro; y dejándola en el cenáculo con San Juan Evangelista y las Marías y otras compañeras. se despidieron de ella los demás y con grandes lágrimas y sollozos la pidieron les diese su bendición. Y la humildísima y prudentísima Señora les agradeció el obsequio que a su Hijo santísimo habían hecho y el beneficio que ella había recibido, y los despidió llenos de otros interiores y ocultos favores y de bendiciones de dulzura de su amable natural y piadosa humildad.

1450. Los judíos, confusos y turbados de lo que iba sucediendo, fueron a Pilatos el sábado por la mañana y le pidieron mandase guardar el sepulcro; porque Cristo, a quien llamaron seductor, había dicho y declarado que después de tres días resucitaría, y sería posible que sus discípulos robasen el cuerpo y dijese que había resucitado. Pilatos contemporizó con esta maliciosa cautela y les concedió las guardas que pedían, y las pusieron en el sepulcro. Pero los pérfidos pontífices sólo pretendían oscurecer el suceso que temían, como se conoció después cuando sobornaron a las guardas para que dijese que no había resucitado Cristo nuestro Señor sino que le habían robado sus discípulos. Y como no hay consejo contra Dios (Prov 21, 30), por este medio se divulgó más y se confirmó la resurrección.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1451. Hija mía, la herida que recibió mi Hijo santísimo en el costado con la lanza fue sólo para mí muy cruel y dolorosa, pero sus efectos y misterios son suavísimos para

las almas santas que saben gustar de su dulzura. A mí me afligió mucho, mas a quien se encaminó este favor misterioso, sírvele de gran regalo y alivio en sus dolores. Y para que tú lo entiendas y participes, debes considerar que mi Hijo y Señor, por el amor ardentísimo que tuvo a los hombres, sobre las llagas de los pies y manos, quiso admitir la del costado sobre el corazón, que es el asiento del amor, para que por aquella puerta entrasen como a gustarle y participarle en su misma fuente y allí tuviesen las almas su refrigerio y refugio. Este sólo quiero yo que busques tú en el tiempo de tu destierro y que le tengas por habitación segura sobre la tierra. Allí aprenderás las condiciones y leyes del amor en que imitarme y entenderás cómo en retorno de las ofensas que recibieres has de volver bendiciones a quien las hiciere contra ti o contra alguna cosa tuya, como has conocido que yo lo hice, cuando fui lastimada con la herida que recibió mi Hijo santísimo en el pecho ya difunto. Y te aseguro, carísima, que no puedes hacer otra obra más poderosa para alcanzar con eficacia la gracia que deseas con el Altísimo. Y no sólo para ti, sino también para el ofensor es poderosa la oración que se hace perdonando las injurias, porque se conmueve el corazón piadoso de mi Hijo santísimo, viendo que le imitan las criaturas en perdonar y orar por quien ofende, por lo que en esto participan de su excelentísima caridad que manifestó en la cruz. Escribe en tu corazón esta doctrina y ejecútala para imitarme y seguirme en la virtud de que hice mayor estimación. Mira por aquella herida el corazón de Cristo tu esposo y a mí en él, amando tan dulce y eficazmente a los ofensores y a todas las criaturas.

1452. Advierte también la providencia tan puntual y atenta con que el Altísimo acude oportunamente a las necesidades de las criaturas que le llaman con verdadera confianza, como lo hizo Su Majestad conmigo

cuando me hallé afligida y desamparada para dar sepultura a mi Hijo santísimo, como debía hacerlo. Para socorrerme en este aprieto, dispuso el Señor con piadosa caridad y afecto los corazones de José y Nicodemus y de los otros fieles que acudieron a enterrarle. Y fue tanto lo que estos varones justos me consolaron en aquella tribulación, que por esta obra y mi oración los llenó el Altísimo de admirables influencias de su divinidad, con que fueron regalados el tiempo que duró el entierro y el descendimiento de la cruz, y desde aquella hora quedaron renovados e ilustrados de los misterios de la Redención. Este es el orden admirable de la suave y fuerte Providencia del Altísimo, que para obligarse de unas criaturas pone en trabajo a otras y mueve la piedad de quien puede hacer bien al necesitado, para que el bienhechor, por la buena obra que hace y por la oración del pobre que la recibe, sea remunerado con la gracia que por otro camino no mereciera. Y el Padre de las misericordias, que inspira y mueve con sus auxilios la obra que se hace, la paga después como de justicia, porque correspondemos a sus inspiraciones con lo poco que de nuestra parte cooperamos, en lo que por ser bueno es todo de su mano (Sant 1, 17).

1453. Considera también el orden rectísimo de esta Providencia en la justicia que ejecuta, recompensando los agravios que se reciben con paciencia; pues habiendo muerto mi Hijo santísimo despreciado, deshonrado y blasfemado de los hombres, ordenó el Altísimo luego que fuese honrosamente sepultado y movió a muchos para que le confesasen por verdadero Dios y Redentor y le aclamasen por santo, inocente y justo, y que en la misma ocasión, cuando acababan de crucificarle afrentosamente, fuese adorado y venerado con supremo culto como Hijo de Dios, y hasta sus mismos enemigos sintiesen dentro de sí mismos el horror y confusión del pecado que cometieron en perseguirle. Aunque no todos

se aprovecharon de estos beneficios, pero todos fueron efectos de la inocencia y muerte del Señor. Y yo también concurrí con mis peticiones, para que Su Majestad fuese conocido y venerado de los que conocía.

CAPITULO 25

Cómo la Reina del cielo consoló a San Pedro y a otros Apóstoles y la prudencia con que procedió después del entierro de su Hijo, cómo vio descender su alma santísima al limbo de los santos padres.

1454. La plenitud de sabiduría que ilustraba el entendimiento de nuestra gran Reina y señora María santísima, no admitía defecto ni vacío alguno para que dejase de advertir y atender entre sus dolores a todas las acciones que la ocasión y el tiempo le pedían. Y con esta divina prudencia lo llevaba todo y obraba lo más santo y perfecto de todas las virtudes. Retiróse, como queda dicho (Cf. supra n. 1449)), después del entierro de Cristo nuestro bien a la casa del cenáculo. Y estando en el aposento donde se celebraron las cenas, acompañada de San Juan Evangelista y de las Marías y otras mujeres santas que seguían al Señor desde Galilea, habló con ellas y con el Apóstol, dándoles las gracias con profunda humildad y lágrimas por la perseverancia con que hasta aquel punto la habían acompañado en el discurso de la pasión de su amantísimo Hijo, en cuyo nombre les ofrecía el premio de su constante piedad y afecto con que la habían seguido, y asimismo se ofrecía por sierva y amiga de aquellas santas mujeres. Y todas ellas con San Juan Evangelista reconocieron este gran favor y la besaron la mano, pidiéndola su bendición. Suplicáronla también descansase un poco y recibiese alguna corporal refección. Respondió la Reina: Mi descanso y mi aliento ha de ser ver a mi Hijo y Señor resucitado. Vosotras, carísimas, satisfaced a vuestra necesidad como conviene,

mientras yo me retiro a solas con mi Hijo.

1455. Fuese luego a recoger acompañándola San Juan Evangelista, y estando con él a solas puesta de rodillas le dijo: No es razón que olvidéis las palabras que mi Hijo santísimo nos habló desde la Cruz. Su dignación Os nombró por hijo mío, a mí por madre Vuestra. Y Vos, señor, sois sacerdote del Altísimo. Por esta gran dignidad es razón que os obedezca en todo lo que hubiere de hacer y desde esta hora quiero que me lo mandéis y ordenéis, advirtiéndome que siempre fui sierva, y toda mi alegría está puesta en obedecer hasta la muerte.— Esto dijo la Reina con muchas lágrimas, y el Apóstol con otras copiosas la respondió: Señora mía y Madre de mi Redentor y Señor, yo soy quien ha de estar sujeto a Vuestra obediencia, porque el nombre de hijo no dice autoridad sino rendimiento y sujeción a su madre, y el que a mí me hizo sacerdote Os hizo a Vos su Madre y estuvo sujeto a vuestra voluntad y obediencia, siendo Criador de todo el universo. Razón será que yo lo esté, y trabaje con todas mis potencias en corresponder dignamente al oficio que me ha dado de servir como hijo, en que deseara ser más ángel que terreno para cumplir con él.—Esta respuesta del Apóstol fue muy prudente, pero no bastante para vencer la humildad de la Madre de las virtudes, que con ella le replicó y dijo: Hijo mío Juan, mi consuelo será obedeceros como a cabeza, pues lo sois. Yo en esta vida siempre he de tener superior a quien rendir mi voluntad y parecer; para esto sois ministro del Altísimo y como hijo me debéis este consuelo en mi trabajosa soledad.—Hágase, Madre mía, Vuestra voluntad, respondió San Juan Evangelista, que en ella está mi acierto.—Y sin replicar más, pidió licencia la divina Madre para quedarse sola en la meditación de los misterios de su Hijo santísimo, y le pidió también saliese a prevenir alguna refección para las mujeres que la acompañaban y que las asistiese y consolase; sólo

reservó a las Marías, porque deseaban perseverar en el ayuno hasta ver al Señor resucitado, y a éstas, dijo a San Juan Evangelista, las permitiese que cumpliesen su devoto afecto.

1456. Salió San Juan Evangelista a consolar a las Marías y ejecutó el orden que la gran Señora le había dado. Y habiendo satisfecho la necesidad de aquellas mujeres piadosas, se recogieron todas y gastaron aquella noche dolorosas y en amargas meditaciones de la pasión y misterios del Salvador. Con esta ciencia tan divina obraba María santísima entre las olas de sus angustias y dolores, sin olvidar por esto el cumplimiento de la obediencia, de la humildad, caridad y providencia tan puntual, con todo lo necesario. No se olvidó de sí misma por atender a la necesidad de aquellas piadosas discípulas, ni por ellas estuvo inadvertida para todo lo que convenía a su mayor perfección. Admitió la abstinencia de las Marías como más fuertes y fervientes en el amor, atendió a la necesidad de las más flacas, dispuso al Apóstol, advirtiéndole lo que con ella misma debía hacer, y en todo obró como gran Maestra de la perfección y Señora de la gracia, y todo esto hizo cuando las aguas de la tribulación habían inundado hasta su alma (Sal 68, 2). Porque en quedando a solas en su retiro, soltó el corriente impetuoso de sus afectos dolorosos y toda se dejó poseer interior y exteriormente de la amargura de su alma, renovando las especies de todos los tormentos y afrentosa muerte de su Hijo santísimo, de los misterios de su vida, predicación y milagros, del valor infinito de la Redención humana, de la nueva Iglesia que dejaba fundada con tanta hermosura y riquezas de sacramentos y tesoros de gracia, de la felicidad incomparable de todo el linaje humano, tan copiosa y gloriosamente redimido, de la inestimable suerte de los predestinados a quienes alcanzaría eficazmente, de la formidable desdicha de los réprobos que por su mala

voluntad se harían indignos de la eterna gloria que les dejaba su Hijo merecida.

1457. En la ponderación digna de tan altos y ocultos sacramentos pasó la gran Señora toda aquella noche llorando, suspirando, alabando y engrandeciendo las obras de su Hijo, su pasión, sus juicios ocultísimos y otros altísimos misterios de la divina sabiduría y oculta Providencia del Señor; y sobre todos pensaba y entendía como Madre única de la verdadera sabiduría, confiriendo a veces con los Santos Ángeles y otras con el mismo Señor lo que su luz divina le daba a sentir en su castísimo corazón. El sábado de mañana, después de las cuatro, entró San Juan Evangelista deseoso de consolar a la dolorosa Madre, y puesta de rodillas le pidió ella que le diese la bendición como Sacerdote y superior suyo. El nuevo hijo se la pidió también con lágrimas, y se la dieron uno a otro. Ordenó la divina Reina que luego saliese a la ciudad, donde encontraría con brevedad a San Pedro que venía a buscarle y que le admitiese, consolase y llevase a su presencia, y lo mismo hiciese con los demás Apóstoles que encontrase, dándoles esperanza del perdón y ofreciéndoles su amistad. Salió San Juan Evangelista del cenáculo y a pocos pasos encontró a San Pedro, lleno de confusión y lágrimas, que iba muy temeroso a la presencia de la gran Reina. Venía de la cueva donde había llorado su negación, y el Evangelista le consoló y dio algún aliento con el recado de la divina Madre. Luego los dos buscaron a los demás Apóstoles y hallaron algunos, y todos juntos se fueron al cenáculo, donde estaba su remedio. Entró Pedro el primero y solo a la presencia de la Madre de la gracia y arrojándose a sus pies dijo con gran dolor: Pequé, Señora, pequé delante de mi Dios, ofendí a mi Maestro y a Vos.—No pudo hablar otra palabra, oprimido de las lágrimas, suspiros y sollozos que despedía de lo íntimo de su afligido corazón.

1458. La prudentísima Virgen, viendo a Pedro postrado en tierra y considerándole por una parte penitente de su reciente culpa y por otra cabeza de la Iglesia elegido por su Hijo santísimo para vicario suyo, no le pareció conveniente postrarse ella a los pies del pastor que tan poco antes había negado a su Maestro, ni sufría tampoco su humildad dejar de darle la reverencia que se le debía por el oficio. Y para satisfacer a entrambas obligaciones, juzgó que convenía darle reverencia y ocultarle el motivo. Para esto se le hincó de rodillas, venerándole con esta acción, y para disimular su intento le dijo: Pidamos perdón de vuestra culpa a mi Hijo y vuestro Maestro.—Hizo oración y alentó al Apóstol confortándole en la esperanza y acordándole las obras y misericordias que el Señor había hecho con los pecadores reconocidos, y la obligación que él tenía como cabeza del Colegio Apostólico para confirmar con su ejemplo a todos en la constancia y confesión de la fe. Y con estas y otras razones de gran fuerza y dulzura confirmó a Pedro en la esperanza del perdón. Entraron luego los otros Apóstoles en la presencia de María santísima y postrados también a sus pies la pidieron los perdonase su cobardía y haber desamparado a su Hijo santísimo en su pasión. Lloraron todos amargamente su pecado, moviéndoles a mayor dolor la presencia de la Madre llena de lastimosa compasión, pero su semblante tan admirable les causaba divinos efectos de contrición de sus culpas y amor de su Maestro. Y la gran Señora los levantó y animó, prometiéndoles el perdón que deseaban y su intercesión para alcanzarle. Luego comenzaron todos por su orden a contar lo que a cada uno había sucedido en su fuga, como si algo de ello ignorara la divina Señora. Pero dioles grata audiencia a todo, tomando ocasión de lo que decían para hablarles al corazón y confirmarlos en la fe de su Redentor y Maestro y despertar en ellos su divino amor. Y todo lo consiguió María santísima eficazmente, porque de su presencia y

conferencia salieron todos fervorizados y justificados con nuevos aumentos de gracia.

1459. En estas obras se ocupó nuestra divina Reina parte del sábado. Y cuando se hizo tarde se retiró otra vez a su recogimiento, dejando a los Apóstoles renovados en el espíritu y llenos de consuelo y gozo del Señor, pero siempre lastimados de la pasión de su Maestro. En el retiro de esta tarde convirtió la gran Señora su mente a las obras que hacía el alma santísima de su Hijo después que salió de su sagrado cuerpo. Porque desde entonces conoció la beatísima Madre cómo aquella alma de Cristo unida a la divinidad descendía al limbo de los Santos Padres para sacarlos de aquella cárcel soterránea, donde estaban detenidos desde el primer justo que murió en el mundo esperando la venida del universal Redentor de los hombres. Y para declarar este misterio, que es uno de los artículos de la santísima humanidad de Cristo nuestro Señor, me ha parecido dar noticia de todo lo que a mí se me ha dado a entender sobre aquel lugar del limbo y su asiento. Digo, pues, que la tierra y su globo tiene de diámetro, pasando por el centro de una superficie a otra, dos mil quinientas y dos leguas [legua ~ 5.556 Km] , y hasta la mitad, que es el centro, hay mil doscientas cincuenta y una, y respecto del diámetro se ha de medir la redondez de este globo. En el centro está el infierno de los condenados como en el corazón de la tierra, y este infierno es una caverna o caos que contiene muchas estancias tenebrosas con diversidad de penas, todas formidables y espantosas, y de todas se formó un globo al modo de una tinaja de inmensa magnitud, con su boca o entrada muy espaciosa y dilatada. En este horrible calabozo de confusión y tormentos estaban los demonios y todos los condenados, y estarán en él por toda la eternidad mientras Dios fuere Dios, porque en el infierno no hay ninguna redención.

1460. A un lado del infierno está el purgatorio, donde las almas de los justos purgan y se purifican, cuando en esta vida no acabaron de satisfacer por sus culpas, ni salen de ella tan limpios de sus defectos que puedan luego llegar a la visión beatífica. Esta caverna también es grande, pero mucho menos que el infierno. A otro lado está el limbo con dos estancias diferentes: una para los niños que mueren con solo el pecado original y sin obras buenas ni malas del propio albedrío; otra servía para depositar las almas de los justos, purgados ya sus pecados, porque no podían entrar en el cielo ni gozar de Dios hasta que se hiciese la Redención humana y Cristo nuestro Salvador abriese las puertas que cerró el pecado de Adán. Esta caverna del limbo también es menor que el infierno y no se comunica con él, ni tiene penas del sentido como el purgatorio, porque ya llegaban a él las almas purificadas desde el purgatorio y sólo carecían de la visión beatífica, que es pena de daño, y allí estaban todos los que habían muerto en gracia hasta que murió el Salvador. A este lugar del limbo bajó su alma santísima con la divinidad, cuando decimos que bajó a los infiernos, porque este nombre de infierno significa cualquiera parte de aquellas inferiores que están en lo profundo de la tierra; aunque en el común modo de hablar por el nombre de infierno entendemos el de los demonios y condenados, porque aquél es el más famoso significado, como por nombre de cielo entendemos el empíreo ordinariamente, donde están los santos, y donde permanecerán para siempre, como los condenados en el infierno, aunque el limbo y purgatorio tienen otros nombres particulares. Y después del juicio final sólo el cielo y el infierno serán habitados, porque el purgatorio no será necesario y del limbo han de salir también los niños a otra habitación diferente.

1461. A esta caverna del limbo llegó el alma santísima de Cristo nuestro Señor, acompañada de innumerables

Ángeles que como a su Rey victorioso y triunfador le iban alabando, dando gloria, fortaleza y divinidad. Y para representar su grandeza y majestad, mandaban que se abriesen las puertas de aquella antigua cárcel, para que el Rey de la gloria, poderoso en las batallas y Señor de las virtudes, las hallase francas y patentes en su entrada. Y en virtud de este imperio se quebrantaron y rompieron algunos peñascos del camino, aunque no era necesario para entrar el Rey y su milicia, que todos eran espíritus sutilísimos. Con la presencia del alma santísima aquella oscura caverna se convirtió en cielo, porque toda se llenó de admirable resplandor, y las almas de los justos que allí estaban fueron beatificadas con visión clara de la divinidad, y en un instante pasaron del estado de tan larga esperanza a la eterna posesión de la gloria y de las tinieblas a la luz inaccesible que ahora gozan. Reconocieron todos a su verdadero Dios y Redentor y le dieron gracias y alabanzas con nuevos cánticos de loores y decían: Digno es el Cordero que fue muerto de recibir divinidad, virtud y fortaleza. Redimístenos, Señor, con tu sangre de todos los tribus, pueblos y naciones; hicístenos reino para nuestro Dios, y reinaremos. Tuya es, Señor, la potencia, tuyo el reino y tuya es la gloria de tus obras (Ap 5, 9-12).—Mandó luego Su Majestad a los Ángeles que sacasen del purgatorio todas las almas que en él estaban padeciendo y al punto fueron traídas todas a su presencia. Y como en estrenar de la Redención humana fueron todas absueltas por el mismo Redentor de las penas que les faltaban de padecer y fueron glorificadas como las demás almas de los justos con la visión beatífica. De manera, que aquel día en la presencia del Rey quedaron desiertas las dos cárceles limbo y purgatorio.

1462. Para solo el infierno de los condenados fue terrible este día, porque fue disposición del Altísimo que todos conociesen y sintiesen el descender al limbo el Redentor,

y también que los Santos Padres y justos conociesen el terror que puso este misterio a los condenados y demonios. Estaban éstos aterrados y oprimidos con la ruina que padecieron en el monte Calvario, como se dijo arriba (Cf. supra n. 1421), y como oyeron —en el modo que hablan y oyen— las voces de los Ángeles que iban delante de su Rey al limbo, se turbaron y atemorizaron de nuevo y como serpientes cuando las persiguen se escondían y pegaban a las cavernas infernales más remotas. A los condenados sobrevino nueva confusión sobre confusión, conociendo con mayor despecho sus engaños y que por ellos perdieron la Redención de que los justos se aprovecharon. Y como Judas Iscariotes y el mal ladrón eran más recientes en el infierno y señalados mucho más en esta desdicha, así fue mayor su tormento, y los demonios se indignaron más contra ellos; y cuanto era de su parte propusieron los malignos espíritus perseguir y atormentar más a los cristianos que profesasen su fe católica, y a los que la negasen o cayesen darles mayor castigo, porque juzgaban que todos éstos merecían mayores penas que los infieles a quien no se les predicó la fe.

1463. De todos estos misterios y otros secretos del Señor que no puedo yo declarar, tuvo noticia y singular visión la gran Señora del mundo desde su retiro. Y aunque esta noticia en la porción o parte superior del espíritu, donde la recibía, le causó admirable gozo, no lo participó en su virginal cuerpo, sentidos y parte sensitiva, como naturalmente pudiera redundar en ella, antes bien, cuando sintió que se extendía algo este júbilo a la parte inferior del alma, pidió al Eterno Padre se le suspendiese esta redundancia, porque no la quería admitir en su cuerpo mientras el de su Hijo santísimo estaba en el sepulcro y no era glorificado. Tan advertido y fiel amor fue el de la prudentísima Madre con su Hijo y Señor, como imagen viva, adecuada y perfecta de aquella

humanidad deificada. Y con esta atenta fineza quedó llena de gozo en el alma y de dolores y congoja en el cuerpo, al modo que sucedió en Cristo nuestro Salvador. Pero en esta visión hizo cánticos de alabanza, engrandeciendo el misterio de este triunfo, y la amantísima y sabia Providencia del Redentor, que como Padre amoroso y Rey omnipotente quiso bajar por sí mismo a tomar la posesión de aquel nuevo reino que por sus manos le entregó su Padre, y quiso rescatarlos con su presencia para que en el mismo comenzasen a gozar el premio que les había merecido. Y por todas estas razones y las demás que conocía de este sacramento se gozaba y glorificaba al Señor como Coadjutora y Madre del triunfador.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1464. Hija mía, atiende a la enseñanza de este capítulo, como más legítima y necesaria para ti en el estado que te ha puesto el Altísimo y para lo que de ti quiere en correspondencia de su amor. Esto ha de ser, que entre las operaciones, ejercicios y comunicación con las criaturas, ahora sean como prelada o como súbdita, gobernando, mandando u obedeciendo, por ninguna de éstas o de otras ocupaciones exteriores pierdas la atención y vista del Señor en lo íntimo y superior del alma, ni te distraigas de la luz del Espíritu Santo, que te asistirá para la incesante comunicación; que quiere mi Hijo santísimo en el secreto de tu corazón aquellas sendas que quedan ocultas al demonio y no alcanzan a ellas las pasiones, porque guían al santuario, donde entra sólo el sumo sacerdote (Heb 9, 7), y donde el alma goza de los ocultos abrazos del Rey y del Esposo, cuando toda y desocupada le previene el tálamo de su descanso. Allí hallarás propicio a tu Señor, liberal al Altísimo, misericordioso a tu Criador y amoroso a tu dulce Esposo y Redentor, y no temerás la potestad de las tinieblas, ni los efectos del

pecado, que se ignoran en aquella región de luz y de verdad. Pero cierra estos caminos el amor desordenado de lo visible, los descuidos en la guarda de la divina ley, embarázalos cualquier apego y desorden de las pasiones, impídelos cualquiera inútil atención y mucho más la inquietud del ánimo y no guardar serenidad y paz interior, que todo se requiere solo, puro y despejado de lo que no es verdad y luz.

1465. Bien has entendido y experimentado esta doctrina y sobre eso te la he manifestado en práctica como en claro espejo. El modo de obrar que tenía entre los dolores, congojas y aflicciones de la pasión de mi Hijo santísimo, y entre los cuidados, atención, ocupaciones y desvelo con que acudí a los Apóstoles, al entierro, a las mujeres santas, y en todo el resto de mi vida has conocido lo mismo y cómo juntaba estas operaciones con las de mi espíritu, sin que se encontrasen ni impidiesen. Pues para imitarme en este modo de obrar, como de ti lo quiero, necesario es que ni por el trato forzoso de las criaturas, ni por el trabajo de tu estado, ni por las penalidades de la vida de este destierro, ni por las tentaciones ni malicia del demonio, admitas en tu corazón afecto alguno que te impida ni atención que te divierta el interior. Y te advierto, carísima, que si en este cuidado no eres muy vigilante, perderás mucho tiempo, malograrás infinitos y extraordinarios beneficios y frustrarás los altísimos y santos fines del Señor, y me contristarás a mí y a los Ángeles, que todos queremos sea tu conversación con nosotros; y tú perderás la quietud de tu espíritu y consuelo de tu alma y muchos grados de gracia y aumentos del amor divino que deseas y al fin copiosísimo premio en el cielo. Tanto te importa oírme y obedecerme en lo que te enseñé con dignación de Madre. Considéralo, hija mía, ponérselo y atiende a mis palabras en tu interior, para que las pongas por obra con mi intercesión y con la divina gracia. Advierte asimismo a

imitarme en la fidelidad del amor con que excusé el regalo y júbilo, por imitar a mi Señor y Maestro y alabarle por esto y por el beneficio que hizo a los santos del limbo, bajando su alma santísima a rescatarlos y llenarlos del gozo de su vista, que todas fueron obras de su infinito amor.

CAPITULO 26

La resurrección de Cristo nuestro Salvador y el aparecimiento que hizo a su Madre santísima con los santos padres del limbo.

1466. Estuvo el alma santísima de Cristo nuestro Salvador en el limbo desde las tres y media del viernes a la tarde hasta después de las tres de la mañana del domingo siguiente. A esta hora volvió al sepulcro, acompañado como príncipe victorioso de los mismos Ángeles que llevó y de los Santos que rescató de aquellas cárceles inferiores como despojos de su victoria y prendas de su glorioso triunfo, dejando postrados y castigados sus rebeldes enemigos. En el sepulcro estaban otros muchos Ángeles que le guardaban, venerando el sagrado cuerpo unido a la divinidad. Y algunos de ellos, por mandado de su Reina y Señora, habían recogido las reliquias de la sangre que derramó su Hijo santísimo, los pedazos de carne que le derribaron de las heridas y los cabellos que arrancaron de su divino rostro y cabeza, y todo lo demás que pertenecía al ornato y perfecta integridad de su humanidad santísima; que de todo esto cuidó la Madre de la prudencia, y los Ángeles guardaban estas reliquias, gozoso cada uno con la parte que le alcanzó a cogerla. Y primero que otra cosa se hiciese, se les manifestó a los Santos Padres el cuerpo de su Reparador, llagado, herido y desfigurado, como le puso la crueldad de los judíos. Y reconociéndole así muerto le adoraron todos los Patriarcas y Profetas con los otros Santos y confesaron de

nuevo cómo verdaderamente el Verbo humanado tomó sobre sí nuestras enfermedades y dolores (Is 53, 4) y pagó con exceso nuestra deuda, satisfaciendo a la justicia del Eterno Padre lo que nosotros merecíamos, siendo Su Majestad inocentísimo y sin culpa. Allí vieron los primeros padres Adán y Eva el estrago que hizo su inobediencia y el costoso remedio que había tenido y la inmensa bondad del Redentor y su gran misericordia. Los Patriarcas y Profetas conocieron y vieron cumplidos sus vaticinios y esperanzas de las promesas divinas. Y como en la gloria de sus almas sentían el efecto de la copiosa redención, alabaron de nuevo al Omnipotente y Santo de los Santos que por tan maravilloso orden de su sabiduría la había obrado.

1467. Después de esto, a vista de todos aquellos Santos, por ministerio de los Ángeles fueron restituidas al sagrado cuerpo difunto todas las partes y reliquias que tenían recogidas, dejándole con su natural integridad y perfección. Y al mismo instante el alma santísima del Señor se reunió al cuerpo y juntamente le dio inmortal vida y gloria. Y en lugar de la sábana y unciones con que le enterraron, quedó vestido de los cuatro dotes de gloria, claridad, impassibilidad, agilidad y sutileza. Estos dotes redundan en el cuerpo deificado de la inmensa gloria del alma de Cristo nuestro bien. Y aunque se le debían como por herencia y natural participación desde el instante de su concepción, porque desde entonces fue glorificada su alma santísima y estaba unida a la divinidad toda aquella humanidad inocentísima, pero suspendieron se entonces sin redundar en el cuerpo purísimo, para dejarle pasible y que mereciese nuestra gloria, privándose de la de su cuerpo, como en su lugar queda dicho (Cf. supra n. 147). Y en la resurrección se le restituyeron de justicia estos dotes en el grado y proporción correspondiente a la gloria del alma y a la unión que tenía con la divinidad. Y

como la gloria del alma santísima de Cristo nuestro Señor es incomprendible e inefable para nuestra corta capacidad, también es imposible explicar enteramente con palabras y con ejemplos la gloria y dotes de su cuerpo deificado; porque respecto de su pureza es oscuro el cristal, la luz que contenía y despedía excede a los demás cuerpos gloriosos, como el día a la noche y más que mil soles a una estrella, y toda la hermosura de las criaturas, si se juntara en una, pareciera fealdad en su comparación, y no hay símil para ella en todo lo criado.

1468. Excedió grandemente la excelencia de estos dotes en la resurrección a la gloria que tuvieron en la transfiguración y en otras ocasiones que Cristo Señor nuestro se transfiguró, como en el discurso de esta Historia se ha dicho (Cf. supra n. 695, 851, 1099); porque entonces la recibió de paso y como convenía para el fin que se transfiguraba, pero ahora la tuvo con plenitud para gozarla eternamente. Y por la impasibilidad quedó invencible de todo el poder criado, porque ninguna potencia le podía alterar ni mudar. Por la sutilidad quedó tan purificada la materia gruesa y terrena, que sin resistencia de otros cuerpos se podía penetrar con ellos como si fuera espíritu incorpóreo, y así penetró la lápida del sepulcro sin moverla ni dividirla, el que por semejante modo había salido del virginal vientre de su purísima Madre. La agilidad le dejó tan libre del peso y tardanza de la materia, que excedía a la que tienen los Ángeles inmatrimales, y por sí mismo podía moverse con más presteza que ellos de un lugar a otro, como lo hizo en las apariciones de los Apóstoles y en otras ocasiones. Las sagradas llagas que antes afeaban su santísimo cuerpo quedaron en pies, manos y costado tan hermosas, refulgentes y brillantes, que le hacían más vistoso y agraciado, con admirable modo y variedad. Con toda esta belleza y gloria se levantó nuestro Salvador del sepulcro y en presencia de los Santos y Patriarcas

prometió a todo el linaje humano la resurrección universal como efecto de la suya en la misma carne y cuerpo de cada uno de los mortales y que en ella serían glorificados los justos. Y en prendas de esta promesa y como en rehenes de la resurrección universal, mandó Su Majestad a las almas de muchos Santos que allí estaban se juntasen con sus cuerpos y los resucitasen a inmortal vida. Al punto se ejecutó este divino imperio y resucitaron los cuerpos que anticipando el misterio refiere San Mateo (Mt 27, 52). Y entre ellos fueron Santa Ana, San José y San Joaquín, y otros de los antiguos padres y patriarcas que fueron más señalados en la fe y esperanza de la Encarnación y con mayores ansias la desearon y pidieron al Señor. Y en retorno de estas obras se les adelantó la resurrección y gloria de sus cuerpos.

1469. ¡Oh cuan poderoso y admirable, cuán victorioso y fuerte se manifestaba ya este león de Judá, hijo de David! Ninguno se desembarazó del sueño con más presteza que Cristo de la muerte. Y luego a su imperiosa voz se juntaron los huesos secos y esparcidos de aquellos envejecidos difuntos, y la carne que ya estaba convertida en polvo se renovó, y unida con los huesos restauró su antiguo ser, mejorándolo todo los dotes de la gloria que participó el cuerpo del alma glorificada que les dio vida. Quedaron en un instante todos aquellos Santos resucitados en compañía de su Reparador, más claros y refulgentes que el mismo sol, puros, hermosos, transparentes y ligeros para seguirle a todas partes, y nos aseguraron con su dicha la esperanza de que en nuestra misma carne y con nuestros ojos y no con otros veríamos a nuestro Redentor, como lo profetizó Santo Job (Job 19, 26) para nuestro consuelo. Todos estos misterios conocía la gran Reina del cielo y participaba de ellos con la visión que tenía en el cenáculo. Y en el mismo instante que el alma santísima de Cristo entró en su cuerpo y le dio vida, correspondió en el de la purísima Madre la

comunicación del gozo, que en el capítulo pasado dije (Cf. supra n. 1463) estaba detenido en su alma santísima y como represado en ella aguardando la resurrección de su Hijo santísimo. Y fue tan excelente este beneficio, que la dejó toda transformada de la pena en gozo, de la tristeza en alegría y de dolor en inefable júbilo y descanso. Sucedió que en aquella ocasión el Evangelista San Juan fue a visitarla, como el día de antes lo había hecho (Cf. supra n. 1463), para consolarla en su amarga soledad, y encontróla repentinamente llena de resplandor y señales de gloria a la que antes apenas conocía por su tristeza. Admiróse el Santo Apóstol y, habiéndola mirado con grande reverencia, juzgó que ya el Señor sería resucitado, pues la divina Madre estaba renovada en alegría.

1470. Con este nuevo júbilo y las operaciones tan divinas que la gran Señora hacía en la visión de tan soberanos misterios, comenzó a disponerse para la visita, que estaba ya muy cerca. Y entre los actos de alabanzas, cánticos y peticiones que hacía nuestra Reina, sintió luego otra novedad en sí misma sobre el gozo que tenía, y fue un género de júbilo y alivio celestial, correspondiente por admirable modo a los dolores y tribulaciones que en la pasión había sentido; y este beneficio era diferente y más alto que la redundancia de gozo que de su alma resultaba como naturalmente en el cuerpo. Y tras de estos admirables efectos sintió luego otro tercero y diferente beneficio que la daban, de nuevos y divinos favores. Y para esto sintió que la infundían nuevo lumen de cualidades que preceden a la visión beatífica, en cuya declaración no me detengo, por haberlo hecho hablando de esta materia en la primera parte (Cf. supra p. I n. 623). Y en esta segunda sólo añado que recibió la Reina estos beneficios en esta ocasión con más abundancia y excelencia que en otras, porque ahora había precedido la pasión de su Hijo

santísimo y los méritos que la divina Madre adquirió en ella, y según la multitud de los dolores correspondía el consuelo de la mano de su Hijo omnipotente.

1471. Estando así prevenida María santísima, entró Cristo nuestro Salvador resucitado y glorioso, acompañado de todos los Santos y Patriarcas. Postróse en tierra la siempre humilde Reina y adoró a su Hijo santísimo, y Su Majestad la levantó y llegó a sí mismo. Y con este contacto —mayor que el que pedía la Magdalena de la humanidad y llagas santísimas de Cristo (Jn 20, 17)— recibió la Madre Virgen un extraordinario favor, que sola ella le mereció, como exenta de la ley del pecado. Y aunque no fue el mayor de los favores que tuvo en esta ocasión, con todo eso no pudiera recibirle si no fuera confortada de los Ángeles y por el mismo Señor para que sus potencias no desfallecieran. El beneficio fue que el glorioso cuerpo del Hijo encerró en sí mismo al de su purísima Madre, penetrándose con ella o penetrándole consigo, como si un globo de cristal tuviera dentro de sí al sol, que todo lo llenara de resplandores y hermo seara con su luz. Así quedó el cuerpo de María santísima unido al de su Hijo por medio de aquel divinismo contacto, que fue como puerta para entrar a conocer la gloria del alma y cuerpo santísimo del mismo Señor. Y por estos favores, como por grados de inefables dones, fue ascendiendo el espíritu de la gran Señora a la noticia de ocultísimos sacramentos. Y estando en ellos oyó una voz que le decía: Amiga, asciende más alto (Lc 14, 10).—Y en virtud de esta voz quedó del todo transformada y vio la divinidad intuitiva y claramente, donde halló el descanso y el premio, aunque de paso, de todos sus trabajos y dolores. Forzoso es aquí el silencio, donde de todo punto faltan las razones y el talento para decir lo que pasó a María santísima en esta visión beatífica, que fue la más alta y divina que hasta entonces había tenido. Celebremos este día con

admiración de alabanza, con parabienes, con amor y humildes gracias de lo que nos mereció y ella gozó y fue ensalzada.

1472. Estuvo algunas horas la divina Princesa gozando del ser de Dios con su Hijo santísimo, participando su gloria como había participado de sus tormentos. Y luego descendió de esta visión por los mismos grados que ascendió a ella, y al fin de este favor quedó de nuevo reclinada sobre el brazo izquierdo de la humanidad santísima y regalada por otro modo de la diestra de su divinidad (Cant 2, 6). Tuvo dulcísimos coloquios con el mismo Hijo sobre los altísimos misterios de su pasión y de su gloria. Y en estas conferencias quedó de nuevo embriagada en el vino de la caridad y amor que bebió en su misma fuente sin medida. Y todo cuanto pudo recibir una pura criatura todo se le dio a María purísima abundantemente en esta ocasión, porque, a nuestro modo de entender, quiso la equidad divina recompensar el como agravio —dígolo así porque no me puedo explicar mejor— que había recibido una criatura tan pura y sin mácula de pecado padeciendo los dolores y tormentos de la pasión, que, como arriba he dicho muchas veces (Cf. supra n. 1236, 1264, 1274, 1287, 1341), eran los mismos que padeció Cristo nuestro Salvador, y en este misterio correspondió el gozo y favor a las penas que la divina Madre había padecido.

1473. Después de todo esto, y siempre en altísimo estado, se convirtió la gran Señora a los santos patriarcas y justos que allí estaban y a todos juntos y a cada uno de por sí reconoció por su orden y les habló respectivamente, gozándose y alabando al Todopoderoso en lo que su liberal misericordia había obrado con cada uno de ellos. Con sus padres San Joaquín y Santa Ana, con su esposo San José y con San Juan Bautista tuvo singular gozo y les habló particularmente, luego con los

Patriarcas y Profetas y con los primeros padres Adán y Eva. Y todos juntos se postraron ante la divina Señora, reconociéndola por Madre del Redentor del mundo, por causa de su remedio y coadjutora de su Redención, y como a tal la quisieron venerar [con culto de hiperdulía] con digno culto y veneración, disponiéndolo así la divina Sabiduría. Pero la Reina de las virtudes y Maestra de la humildad se postró en tierra y dio a los santos la reverencia que se les debía, y el Señor dio permiso para esto, porque los santos, aunque eran inferiores en la gracia, eran superiores en el estado de bienaventurados con gloria inamisible y eterna, y la Madre de la gracia quedaba en vida mortal y viadora y no había llegado al estado de comprensora. Continuóse la conferencia con los Santos Padres en presencia de Cristo nuestro Salvador. Y María santísima convidó a todos los Ángeles y santos que allí asistían, para que alabasen al triunfador de la muerte, del pecado y del infierno, y todos le cantaron nuevos cánticos, salmos, himnos de gloria y magnificencia, y con esto llegó la hora en que el Salvador resucitado hizo otras apariciones, como diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la gran Señora María santísima.

1474. Hija mía, alégrate en el mismo cuidado que tienes de que no alcanzan tus razones a explicar lo que tu interior conoce de tan altos misterios como has escrito. Victoria es de la criatura y gloria del Altísimo, darse por vencida de la grandeza de los sacramentos tan soberanos como éstos, y en la carne mortal se pueden penetrar mucho menos. Yo sentí los dolores de la pasión de mi Hijo santísimo y, aunque no perdí la vida, experimenté los dolores de la muerte misteriosamente, y a este género de muerte le correspondió en mí otra admirable y mística resurrección a más levantado estado de gracia y operaciones. Y como el ser de Dios es infinito,

aunque la criatura participe mucho, le queda más que entender, que amar y gozar. Y para que ahora ayudada del discurso puedas rastrear algo de la gloria de Cristo mi Señor, de la mía y de los Santos, discurrendo por los dotes del cuerpo glorioso, te quiero proponer la regla por donde en esto puedas pasar a los del alma. Ya sabes que éstos son: visión, comprensión y fruición. Los del cuerpo son los que dejas repetidos (Cf. supra n. 1468): claridad, impassibilidad, sutilidad y agilidad.

1475. A todos estos dotes corresponde algún aumento por cualquiera buena obra meritoria que hace el que está en gracia, aunque no sea mayor que mover una pajuela por amor de Dios y dar un jarro de agua. Por cualquiera de estas mínimas obras granjeará la criatura, para cuando sea bienaventurada, mayor claridad que la de muchos soles. Y en la impassibilidad se aleja de la corrupción humana y terrena más de lo que todas las diligencias y fuerzas de las criaturas pueden resistirla y apartar de sí lo que las puede ofender o alterar. En la sutilidad se adelanta para ser superior a todo lo que le puede resistir y cobra nueva virtud sobre todo lo que quiere penetrar. En el dote de la agilidad le corresponde a cualquiera obra meritoria más potencia para moverse que la tienen las aves y los vientos y todas las criaturas activas, como el fuego y los demás elementos para caminar a sus centros naturales. Por el aumento que se merece en estos dotes del cuerpo, entenderás el que tienen los dotes del alma, a quien corresponden y de quien se derivan. Porque en la visión beatífica adquiere cualquier mérito mayor claridad y noticia de los atributos y divinas perfecciones que cuanto han alcanzado en esa vida mortal todos los doctores y sabios que ha tenido la Iglesia. También se aumenta el dote de la comprensión o tención del objeto divino, porque de la posesión y firmeza con que se comprende aquel sumo e infinito bien se le concede al

justo nueva seguridad y descanso más estimable que si poseyera todo lo precioso y rico, deseable y apetecible de las criaturas, aunque todo lo tuviera por suyo sin temer perderlo. Y en el dote de la fruición, que es el tercero del alma, por el amor con que el justo hace aquella pequeñuela obra, se le conceden en el cielo por premio grados de amor frutivo tan excelentes, que jamás llegó a compararse con este aumento el mayor afecto que tienen los hombres en la vida a lo visible, ni el gozo que de él resulta tiene comparación con todo el que hay en la vida mortal.

1476. Levanta ahora, hija mía, la consideración y de estos premios tan admirables, que corresponden a una obra por Dios hecha, pondera bien cuál será el premio de los santos, que por el amor divino hicieron tan heroicas y magníficas obras y padecieron tormentos y martirios tan crueles como la Iglesia santa conoce. Y si en los santos sucede esto con ser puros hombres y sujetos a culpas e imperfecciones que retardan el mérito, considera con toda la alteza que pudieres cuál será la gloria de mi Hijo santísimo, y sentirás cuán limitada es la capacidad humana, y más en la vida mortal, para comprender dignamente este misterio y para hacer concepto proporcionado de tan inmensa grandeza. El alma santísima de mi Señor estaba unida sustancialmente a la divinidad en su divina persona, y por la unión hipostática era consiguiente que se le comunicase el océano infinito de la misma divinidad, beatificándola como a quien tenía comunicado su mismo ser de Dios por inefable modo. Y aunque no mereció esta gloria, porque se le dio desde el instante de su concepción en mi vientre, consiguiente a la unión hipostática, pero las obras que hizo después en treinta y tres años, naciendo en pobreza, viviendo con trabajos, amando como viador, trabajando en todas las virtudes, predicando, enseñando, padeciendo, mereciendo, redimiendo a todo el linaje humano,

fundando la Iglesia y cuanto la fe católica enseña, estas obras merecieron la gloria del cuerpo purísimo de mi Hijo y ésta corresponde a la del alma, y todo es inefable y de inmensa grandeza, reservado para manifestarse en la vida eterna. Y en correspondencia de mi Hijo y Señor hizo conmigo magníficas obras el brazo poderoso del Altísimo en el ser de pura criatura, con que olvidé luego los trabajos y dolores de la pasión; y lo mismo sucedió a los padres del limbo, y a los demás santos cuando reciben el premio. Olvidé la amargura y el trabajo que yo padecí, porque el sumo gozo desterró la pena, pero nunca perdí la vista de lo que mi Hijo padeció por el linaje humano.

CAPITULO 27

Algunas apariciones de Cristo nuestro Salvador resucitado a las Marías y a los Apóstoles, la noticia que todos daban a la Reina y la prudencia con que los oía.

1477. Después que nuestro Salvador Jesús resucitado y glorioso visitó y llenó de gloria a su Madre santísima, determinó Su Majestad como amoroso padre y pastor congregar las ovejas de su rebaño, que el escándalo de su pasión había turbado y derramado. Acompañábanle siempre los Santos Padres y todos los que sacó del limbo y purgatorio, aunque no se manifestaban en las apariciones, porque sola nuestra gran Reina los vio y conoció y habló a todos en el tiempo que pasó hasta la ascensión de su Hijo santísimo. Y cuando no se aparecía a otros, siempre asistía con la amantísima Madre en el cenáculo, de donde no salió la divina Señora aquellos cuarenta días continuos. Allí gozaba de la vista del Redentor del mundo y del coro de los Profetas y Santos con quien el mismo Rey y Reina estaban acompañados. Y para manifestarse a los Apóstoles comenzó por las mujeres, no por más flacas, sino por más fuertes en la fe y confianza de su resurrección, que por esto merecieron ser

las primeras en el favor de verle resucitado.

1478. Hizo memoria el Evangelista San Marcos (Mc 15, 47) del cuidado con que Santa María Magdalena y María José advirtieron dónde quedaba puesto el cuerpo difunto de Jesús en el sepulcro. Con esta prevención el sábado por la tarde con otras mujeres santas salieron de la casa del cenáculo a la ciudad y compraron nuevos ungüentos aromáticos, para madrugar el día siguiente y volver al sepulcro a visitar y adorar el sagrado cuerpo de su Maestro, con ocasión de ungirle de nuevo. El domingo por la mañana, antes de amanecer, madrugaron para ejecutar su piadoso afecto, ignorando que el sepulcro estaba sellado y con guardas por orden de Pilatos, y en el camino dificultaban solamente quién les volvería la gran lápida con que ellas habían advertido quedaba cerrado el monumento, pero el amor las daba esfuerzo para vencer esta dificultad, sin saber cómo. Cuando salieron de la casa del cenáculo era de noche y cuando llegaron al sepulcro había ya amanecido y nacido el sol, porque aquel día se anticipó las tres horas que se oscureció en la muerte de nuestro Salvador. Y con este milagro se concuerdan los Evangelistas San Marcos (Mc 16, 2) y San Juan Evangelista (Jn 20, 1), que el uno dice vinieron las Marías salido el sol y el otro que había tinieblas, porque todo es verdad, que salieron muy de mañana y antes de amanecer, y con la prisa y diligencia del sol las alcanzó cuando llegaban, aunque no se detuvieron en el camino. Era el monumento una pequeña bóveda como cueva, cuya puerta cerraba una grande losa, y dentro tenía a un lado el sepulcro algo levantado del suelo y en él estuvo el cuerpo de nuestro Salvador.

1479. Poco antes que llegasen las Marías a reconocer la dificultad que iban confiriendo de mover la lápida, fue hecho un gran temblor o terremoto muy espantoso, y al mismo tiempo un Ángel del Señor abrió el sepulcro y

arrojó la losa que le cubría y cerraba la puerta. Las guardas del monumento con este grande estrépito y movimiento de la piedra cayeron en tierra, desmayados del temor que les causó, dejándolos como difuntos, aunque ni vieron al Señor ni entonces estaba allí su cuerpo, porque ya había resucitado y salido del monumento antes que el Ángel quitase la piedra. Las Marías, aunque sintieron algún temor, se animaron, y confortándolas el mismo Dios llegaron y entraron al monumento y cerca de la puerta vieron al Ángel que revolvió la piedra, sentado sobre ella, y su rostro refulgente, los vestidos como la nieve, que las habló y dijo: No temáis, que sé cómo buscáis a Jesús Nazareno. No está aquí, que ya ha resucitado. Entrad, y veréis el lugar donde le pusieron.—Entraron las Marías y vieron el sepulcro vacío. Recibieron gran tristeza, porque aún estaban más atentas a su afecto de verle que al testimonio del Ángel. Y luego vieron otros dos asentados a los dos lados del sepulcro, que las dijeron: ¿Para qué buscáis entre los muertos al que ya está vivo y resucitado? Acordaos que él mismo os dijo en Galilea, que había de resucitar el día tercero. Id luego y dad noticia a los discípulos y a Pedro que vayan a Galilea, donde le verán.

1480. Con esta advertencia de los Ángeles se acordaron las Marías de lo que su divino Maestro había dicho. Y seguras de su resurrección, se volvieron del sepulcro con gran prisa y dieron cuenta a los once discípulos y a otros de los que seguían al Señor, muchos de los cuales juzgaron por delirio lo que decían las Marías. Tan turbados estaban en la fe y tan olvidados de las palabras de su Maestro y Redentor. En el ínterin que las Marías llenas de gozo y pavor contaban a los Apóstoles lo que habían visto, revivieron las guardas del sepulcro y volvieron en sus sentidos. Y como le vieron abierto y sin el cuerpo difunto, fueron a dar cuenta del suceso a los

príncipes de los sacerdotes. Halláronse confusos y juntaron concilio para determinar lo que podrían hacer para desmentir la maravilla tan patente que no se podía ocultar. Y acordaron ofrecer a los guardas mucho dinero, con que sobornados dijese cómo estando ellos durmiendo habían venido los discípulos de Jesús y habían hurtado su cuerpo del sepulcro. Y asegurándoles los sacerdotes a los guardas que los sacarían a paz y a salvo de esta mentira, la publicaron entre los judíos, y muchos de ellos fueron tan estultos que le dieron crédito, y algunos más obstinados y ciegos se le dan hasta ahora, creyendo el testimonio de los que confesaron se dormían, cuando dicen que vieron el hurto.

1481. Los discípulos y Apóstoles, aunque tuvieron por desvarío lo que decían las Marías, con todo eso San Pedro y San Juan, deseando certificarse por sus ojos, partieron a toda prisa al monumento, y tras ellos volvieron las Marías. Y llegó San Juan Evangelista el primero y, sin entrar en el monumento, vio desde la puerta los sudarios apartados del sepulcro y aguardó a que llegase San Pedro, el cual entró primero y tras de él San Juan Evangelista, y vieron lo mismo y que el sagrado cuerpo no estaba en el sepulcro. Y San Juan dice que creyó entonces (Jn 20, 8) y se aseguró de lo que había comenzado a creer cuando vio mudada a la Reina del cielo, como dije en el capítulo pasado (Cf. supra n. 1469). Y los dos Apóstoles se volvieron a dar cuenta a los demás de lo que admirados habían visto en el sepulcro. Las Marías se quedaron en él a la parte de afuera, confiriendo con admiración todo lo que sucedía. Y Santa María Magdalena con mayor fervor y lágrimas volvió a entrar otra vez a reconocer el sepulcro. Y aunque los Apóstoles no vieron a los Ángeles, vio Santa María Magdalena, y ellos le preguntaron: Mujer, ¿por qué lloras?—Respondió María: Porque me han llevado a mi Señor y no sé dónde le han puesto.—Con esta respuesta

salió fuera al huerto donde estaba el sepulcro y luego topó con el Señor, aunque no le conoció, antes le juzgó por hortelano. Y Su Majestad le preguntó también: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?—Santa María Magdalena, no conociendo a Cristo nuestro Señor, le respondió como si fuera hortelano de aquel huerto, y sin más acuerdo, vencida del amor, le dijo: Señor, si vos le habéis tomado, decidme dónde le tenéis, que yo le volveré y le traeré.—Entonces replicó el amantísimo Maestro y la dijo: María.—Y con haberla nombrado, se dejó conocer por la voz (Jn 20, 11-16).

1482. Cuando Santa María Magdalena conoció que era Jesús, se enardeció toda en amor y gozo y respondió y dijo: Maestro mío; y arrojándose a sus divinos pies fue a quererlos tocar y besar, como acostumbrada a este favor. Pero el Señor la previno y dijo: No me toques, porque no he subido a mi Padre, a donde estoy de camino; vuelve y diles a mis hermanos los Apóstoles cómo estoy de paso para mi Padre y suyo (Jn 20, 16-18).—Partió luego Santa María Magdalena, llena de consolación y júbilo, y a pequeña distancia alcanzó a las otras Marías. Y acabándolas de referir lo que a ella le había sucedido y cómo había visto a Jesús resucitado, estando admiradas, llorosas y cariñosas de alegría, se les apareció estando juntas y las dijo: Dios os salve.—Y conociéndole todas, dice el Evangelista San Mateo (Mt 28, 9) que adoraron sus sagrados pies, y el Señor las mandó otra vez que fuesen a los Apóstoles y les dijese lo que habían visto y que se fuesen ellos a Galilea, donde le verían resucitado. Desapareció el Señor, y las Marías apresurando el paso volvieron al cenáculo y contaron a los Apóstoles todo cuanto les había sucedido, y siempre estaban tardos en darles crédito. Y luego entraron las Marías a dar noticia de lo que pasaba a la Reina del cielo, y como si lo ignorara las oyó con admirable caricia y prudencia, aunque todo lo sabía por la visión intelectual con que lo

conocía. Como iba conociendo y tomando ocasión de lo que las Marías le contaron, las confirmó en la fe de los misterios y altos sacramentos de la Encarnación y Redención y de las divinas Escrituras que de ellos trataban. Pero no les dijo lo que a la divina Reina le había sucedido, aunque fue la Maestra de estas fieles y devotas discípulas, como el Señor de los Apóstoles, para restituirlos a la fe.

1483. No refieren los evangelistas cuándo apareció el Señor a San Pedro, aunque lo supone San Lucas (Lc 24, 34); pero fue después de las Marías, y más ocultamente a solas, como a cabeza de la Iglesia, antes que a todos juntos y que a otro alguno de los Apóstoles, y fue aquel mismo día, después que las Marías le dieron noticia de haberle visto. Y luego sucedió el aparecimiento que refieren, y que largamente cuenta San Lucas (Lc 24, 34), de los dos discípulos que aquella tarde iban de Jerusalén al castillo de Emaús, que estaba sesenta estadios de la ciudad, y hacían cuatro millas de Palestina y casi dos leguas (legua ~ 5.556 Km) de España. El uno de los dos se llamaba Cleofás y el otro era el mismo San Lucas, y sucedió en esta manera: Salieron de Jerusalén los dos discípulos, después que oyeron lo que las Marías contaron, y en el camino continuaron la plática de los sucesos de la pasión y santidad de su Maestro y la crueldad de los judíos. Y admirábanse de que el Todopoderoso hubiese permitido que padeciese tales oprobios y tormentos un hombre santo y tan inocente. El uno decía: ¿Cuándo se vio tal suavidad y dulzura?—El otro repetía: ¿Quién jamás oyó ni vio tal paciencia, sin querellarse, ni mudar el semblante tan apacible y de majestad? Su doctrina era santa, su vida inculpable, sus palabras de salud eterna, sus obras en beneficio de todos; pues ¿qué vieron en él los sacerdotes, para cobrarle tanto aborrecimiento?—Respondía el otro: Verdaderamente fue admirable en todo, y nadie puede

negar que era gran profeta: hizo muchos milagros, alumbró ciegos, sanó enfermos, resucitó muertos y a todos hizo admirables beneficios; pero dijo que resucitaría al tercero día de su muerte, que es hoy, y no lo vemos cumplido.— Replicó el otro: También dijo que le habían de crucificar y se ha cumplido como lo dijo.

1484. En medio de éstas y otras pláticas se les apareció Jesús en hábito de peregrino, como que los alcanzaba en el camino, y les dijo, después de saludarlos: ¿De qué habláis, que me parece os veo entristecidos?—Respondió Cleofás: ¿Tú solo eres peregrino en Jerusalén, que no sabes lo que ha sucedido estos días en la ciudad?— Dijo el Señor: Pues ¿qué ha sucedido?—Replicó el discípulo: ¿No sabes lo que han hecho los príncipes y sacerdotes con Jesús Nazareno, varón santo y poderoso en palabras y obras, cómo le han condenado y crucificado? Nosotros teníamos esperanzas que había de redimir a Israel resucitando de los muertos, y se pasa ya el día tercero de su muerte y no sabemos lo que ha hecho. Aunque unas mujeres de los nuestros nos han atemorizado, porque fueron muy de mañana al sepulcro y no hallaron el cuerpo y afirman que vieron unos Ángeles que las dijeron cómo ya había resucitado. Y luego acudieron otros compañeros nuestros al sepulcro y vieron ser verdad lo que las mujeres contaron. Pero nosotros vamos a Emaús para esperar allí a ver en qué paran estas novedades.—Respondióles el Señor: Verdaderamente sois necios y tardos de corazón, pues no entendéis que convenía así, que padeciese Cristo todas esas penas y muerte tan afrentosa para entrar en su gloria.

1485. Y prosiguiendo el divino Maestro, les declaró los misterios de su vida y muerte para la redención humana, comenzando de la figura del cordero, que mandó sacrificar y comer San Moisés Profeta y Legislador rubricando los umbrales con su sangre; y lo que figuraba

la muerte del sumo sacerdote Aarón, la muerte de Sansón por los amores de su esposa Dalila; y muchos salmos del Santo Rey y Profeta David, donde profetizó el concilio, la muerte y división de las vestiduras y que su cuerpo no vería la corrupción; lo que dijo la Sabiduría y más claro San Isaías y San Jeremías de su pasión, que parecería un leproso desfigurado, varón de dolores, que sería llevado como oveja al matadero, sin abrir su boca; y San Zacarías, que le vio traspasado de muchas heridas; y otros lugares de los Profetas les dijo, que claramente dicen los misterios de su vida y muerte. Con la eficacia de este razonamiento fueron los discípulos poco a poco recibiendo el calor de la caridad y la luz de la fe que se les había eclipsado. Y cuando ya se acercaban al castillo de Emaús, el divino Maestro les dio a entender pasaba adelante en su jornada, pero ellos le rogaron con instancia se quedase con ellos, porque ya era tarde. Admitiólo el Señor, y convidado de los discípulos se reclinaron para cenar juntos, conforme la costumbre de los judíos. Tomó el Señor el pan y como también solía lo bendijo y partió, dándoles con el pan bendito el conocimiento infalible de que era su Redentor y Maestro.

1486. Conociéronle, porque les abrió los ojos del alma, y al punto que los dejó ilustrados se les desapareció de los del cuerpo y no le vieron más entonces. Pero quedaron admirados y llenos de gozo, confiriendo el fuego de caridad que sintieron en el camino, cuando les hablaba su Maestro y les declaraba las Escrituras. Y luego sin dilación se volvieron a Jerusalén ya de noche. Entraron en la casa donde se habían retirado los demás Apóstoles por temor de los judíos y los hallaron confiriendo las noticias que tenían de haber resucitado el Salvador y cómo ya se había aparecido a San Pedro. Y a esto añadieron los dos discípulos todo cuanto en el camino les sucedió y cómo ellos le habían conocido cuando les partió el pan en el castillo de Emaús. Estaba

entonces presente Santo Tomás, y aunque oyó a los dos discípulos y que San Pedro confirmaba lo que decían asegurando que también él había visto a su Maestro resucitado, con todo estuvo tardo y dudoso, sin dar crédito al testimonio de tres discípulos, fuera de las mujeres. Y con algún despecho, efecto de su incredulidad, se salió y se fue de la compañía de los demás. Y en pequeño espacio, después que Santo Tomás se había despedido y cerradas las puertas, entró el Señor y apareció a los demás. Y estando en medio de todos les dijo: Paz sea con vosotros. Yo soy, no queráis temer.

1487. Con este repentino aparecimiento se turbaron los Apóstoles, temiendo si era espíritu o fantasma lo que veían, y el Señor les dijo: ¿De qué os turbáis y admitís tan varios pensamientos? Mirad mis pies y manos y conoced que yo soy vuestro Maestro. Tocad con vuestras manos mi cuerpo verdadero, que los espíritus no tienen carne ni huesos, como veis que yo los tengo.—Estaban tan turbados y confusos los Apóstoles que, viendo y tocando las manos llagadas del Salvador, aun no acababan de creer que era Él a quien hablaban y tocaban. Y el amantísimo Maestro, para asegurarlos más, les dijo: Dadme si tenéis algo de comer.—Ofreciéronle muy gozosos parte de un pez asado y de un panal de miel y comió parte de ello y lo demás les repartió a todos, diciendo: ¿No sabéis que todo lo que por mí ha pasado es lo mismo que lo que de mí estaba escrito en Moisés y en los Profetas, en los Salmos y Escrituras sagradas y que todo se debía cumplir así como estaba profetizado?—Y con estas palabras les abrió los sentidos, y le conocieron y entendieron las Escrituras que hablaban de su pasión, muerte y resurrección al tercero día. Y habiéndolos así ilustrado, les dijo otra vez: *Paz sea con vosotros. Como me envió a mí mi Padre, así os envío yo para que enseñéis al mundo la verdad y conocimiento de Dios y de la vida eterna, predicando penitencia de los pecados y*

remisión de ellos en mi nombre (Jn 20, 21). Y derramando en ellos su divino aliento o soplo, añadió y dijo: Recibid al Espíritu Santo, para que los pecados que perdonareis sean perdonados, y los que no perdonareis no lo sean. Predicaréis a todas las gentes, comenzando de Jerusalén (Jn 20, 22-23). Y con esto desapareció el Señor, dejándolos consolados y asegurados en la fe, y con potestad de perdonar pecados ellos y los demás sacerdotes.

1488. Todo esto sucedió como se ha dicho, no estando Santo Tomás presente, pero luego, disponiéndolo el Señor, volvió a la congregación de donde se había ausentado y le contaron los Apóstoles todo cuanto en su ausencia les había sucedido. Pero aunque los halló tan trocados con el nuevo gozo que recibieron, con todo eso estuvo incrédulo y porfiado, afirmando que no daba crédito a lo que todos aseguraban si primero no viese por sus ojos las llagas y tocase la del costado con su mano y dedos y las demás. En esta dureza perseveró el incrédulo Tomás ocho días, hasta que pasados volvió el Señor otra vez, cerradas las puertas, y se apareció en medio de los mismos Apóstoles y del incrédulo. Saludólos como solía, diciendo: Paz sea con vosotros.—Y llamando luego a Tomás, le reprendió con amorosa suavidad y le dijo: *Llegad, Tomás, con vuestras manos y tocad los agujeros de las mías y de mi costado, y no queráis ser tan incrédulo, sino rendido y fiel.* Tocó las divinas llagas Tomás y fue ilustrado interiormente para creer y conocer su ignorancia. Y postrándose en tierra dijo: *Señor mío y Dios mío.*—Replicó Su Majestad: *Porque me viste, Tomás, me has creído; pero serán bienaventurados los que no me vieren y me creyeren (Jn 20, 26-28).* Desapareció el Señor, quedando los Apóstoles y Santo Tomás llenos de luz y de alegría. Y luego fueron todos a dar cuenta a María santísima de lo que había sucedido, como lo hicieron del primer aparecimiento.

1489. No estaban entonces los Apóstoles capaces de la gran sabiduría de la Reina del cielo, y mucho menos de las noticias que tenía de todo lo que a ellos les sucedía y de las obras de su Hijo santísimo, y así le daban cuenta de lo que iba sucediendo, y ella los oía con suma prudencia y mansedumbre de Madre y de Reina. Y después de la primera aparición la contaron algunos Apóstoles la obstinación de Tomás y que no les quería dar crédito a todos juntos, aunque le afirmaban haber visto a su Maestro resucitado, y en aquellos ocho días, como perseveraba en su incredulidad, creció más contra él la indignación de algunos Apóstoles. Y luego iban a la gran Señora y le culpaban en su presencia de culpado y terco, arrimado a su parecer, como hombre grosero y desalumbrado. La piadosa Princesa los oía con pacífico corazón, y viendo que crecía el enojo de los Apóstoles, que aún estaban todos imperfectos, habló a los más indignados y los quietó con decirles que los juicios del Señor eran muy ocultos y que de la incredulidad de Tomás sacaría grandes bienes para otros y gloria para sí mismo y que esperasen y no se turbasen tan presto. Hizo la divina Madre ferventísima oración y peticiones por Santo Tomás, y por ella aceleró el Señor su remedio y se le dio al incrédulo Apóstol. Y luego que se redujo y dieron todos noticia a su Maestra y Señora, los confirmó en su fe, amonestándolos y corrigiéndolos, y les ordenó que con ella diesen gracias al Muy Alto por aquel beneficio y que fuesen constantes en las tentaciones, pues todos estaban sujetos a los peligros de caer. Otras muchas y dulces razones les dijo de corrección, enseñanza, advertencia y de doctrina, previniéndolos para lo que les restaba de trabajar en la nueva Iglesia.

1490. Otras apariciones y señales hizo nuestro Salvador, como supone el Evangelista San Juan Jn 20, 30), y solamente se escribieron las que bastan para la fe de

su resurrección. Pero luego el mismo Evanrelista (Jn 21, 1ss) escribe la aparición que hizo Su Majestad en el mar de Tiberías a San Pedro, Tomás, Natanael, a los hijos del Zebedeo y otros dos discípulos, que por ser tan misteriosa me ha parecido no omitirla en este capítulo. Sucedió la aparición en esta forma: Fueron los Apóstoles a Galilea, después de lo que en Jerusalén les había sucedido, porque el Señor se lo mandó, prometiéndoles que allá le verían. Y hallándose los siete Apóstoles y discípulos cerca de aquel mar, les dijo San Pedro que para tener alguna cosa con que pasar quería ir a pescar, que lo sabía hacer de oficio. Acompañáronle todos en el pescar y pasaron aquella noche arrojando las redes sin coger solo un pez. A la mañana se apareció nuestro Salvador Jesús en la ribera, sin darse entonces a conocer. Y estaba cerca la barquilla en que pescaban, y preguntóles el Señor: *¿Tenéis algo que comer?* Y ellos respondieron: *Nada tenemos.* Replicó Su Majestad: *Arrojad la red a la diestra de la navecilla y cogereis.* Hiciéronlo, y llenóse la red de pescado, de manera que no la podían levantar. Entonces San Juan Evangelista con el milagro conoció a Cristo nuestro Señor y llegándose a San Pedro le dijo: El Señor es quien nos habla de la ribera.—Con este aviso lo conoció también San Pedro, y todo inflamado en sus acostumbrados fervores, se vistió muy aprisa la túnica de que estaba desnudo y se arrojó al mar, caminando sobre las aguas hasta donde estaba el Maestro de la vida, y los demás se fueron acercando con la barquilla donde estaban.

1491. Saltaron en tierra y hallaron que ya el Señor les tenía prevenida la comida, porque vieron lumbre y pan y un pez sobre las brasas (pescado asado es símbolo de Cristo que ha sufrido), pero Su Majestad les dijo que trajesen de los que ya habían pescado, y tirando a la red San Pedro halló que tenía ciento y cincuenta y tres peces, y con ser tantos no se había rotpido la red. Mandóles el

Señor que comiesen. Y aunque estaba con ellos tan familiar y afable, ninguno se atrevía a preguntarle quién era, porque los milagros y majestad les causó gran temor de reverencia con el Señor. Repartióles los peces y pan y luego que acabaron de comer se volvió a San Pedro y le dijo: Simón, hijo de Juan, ¿ámasme tú más que éstos?— Respondió San Pedro: Sí, Señor, tú sabes que yo te amo.— Replicó el Señor: Apacienta mis corderos.—Y luego le preguntó otra vez: Simón, hijo de Juan, ¿ámasme?—Y San Pedro respondió lo mismo: Señor, tú sabes que te amo.— Hizo el Señor tercera vez la misma pregunta: Simón, hijo de Juan, ¿ámasme?—Y con esta tercera vez se entristeció San Pedro y respondió: Señor, tú sabes todas las cosas, y que yo te amo.—Respondióle Cristo nuestro Señor tercera vez: Apacienta mis ovejas.—Con que a él solo lo hizo cabeza de su Iglesia única y universal, dándole la suprema autoridad de vicario suyo sobre todos los hombres. Y para esto le examinó tantas veces en el amor que le tenía, como si con aquel solo se hubiera hecho capaz de la suprema dignidad y él solo le bastara para administrarla dignamente.

1492. Luego el mismo Señor intimó a San Pedro la carga del oficio que le daba y le dijo: De verdad te aseguro que cuando seas ya viejo, no te has de ceñir como cuando eres mozo, ni has de ir a donde tú quisieres, porque te ceñirá otro y te llevará a donde no quieras.—Entendió San Pedro que le prevenía el Señor la muerte de cruz con que le imitaría y seguiría. Pero como amaba tanto a San Juan Evangelista, deseando saber lo que sería de él, preguntó al Señor: ¿Qué determinas hacer de este tan amado vuestro?—Respondióle Su Majestad: ¿Qué te importa a ti saberlo? Si quiero que él se quede así hasta que venga otra vez al mundo, en mi mano estará. Sigúeme tú y no cuides de lo que yo quiero hacer de él.— De estas razones se levantó entre los Apóstoles un rumor, que San Juan Evangelista no había de morir, pero el

mismo Evangelista advierte que Cristo no dijo que no moriría afirmativamente, como consta de las palabras referidas, antes parece que ocultó de intento la voluntad que tenía de la muerte del Evangelista, reservando entonces para sí el secreto. De todos estos misterios y apariciones tuvo María santísima clara inteligencia por la revelación que muchas veces he dicho (Cf. supra n. 990, 534, etc.). Y como archivo de las obras del Señor y depositaria de sus misterios en la Iglesia, los guardaba y confería en su castísimo y prudentísimo pecho. Y luego los Apóstoles, en especial el nuevo hijo San Juan Evangelista, la informaba de todos los sucesos que se ofrecían. Pero la gran Señora perseveraba en su recogimiento los cuarenta días continuos después de la resurrección, y allí gozaba de la vista de su Hijo santísimo y de los Santos y Ángeles, y éstos cantaban al Señor los himnos y alabanzas que la amantísima Madre le hacía y como de su boca los cogían los Ángeles, para celebrar las glorias del Señor de las victorias y virtudes.

Doctrina que me dio la Reina María santísima.

1493. Hija mía, la enseñanza que te doy en este capítulo será también la respuesta del deseo que tienes de entender por qué mi Hijo santísimo se apareció una vez de peregrino, otra como hortelano y por qué no se daba a conocer siempre a la primera vista. Advierte, pues, carísima, que las Marías y los Apóstoles, aunque ya eran discípulos del Señor, y entonces los mejores y más perfectos en comparación de los otros hombres del mundo, con todo eso en el grado de la perfección y santidad eran párvulos y no tan adelantados como debían en la escuela de tal Maestro. Y así estaban flacos en la fe, y en otras virtudes eran menos constantes y fervorosos de lo que pedía su vocación y beneficios recibidos de la mano del Señor; y las culpas menores de las almas favorecidas y escogidas para la amistad de

Dios y su familiar trato pesan en los ojos de su justísima equidad más que algunas culpas graves de otras almas que no son llamadas a esta gracia. Por estas causas los Apóstoles y las Marías, aunque eran amigos del Señor, no estaban dispuestos, con sus culpas y flaqueza, tibieza y flojedad de amor, para que el divino Maestro les comunicase luego los efectos celestiales de su conocimiento y presencia, pero con su paternal amor les hablaba, primero de manifestarse, palabras de vida con que los disponía, ilustrándolos y fervorizándolos. Y cuando en sus corazones renovaba la fe y el amor, entonces se les daba a conocer y les comunicaba la abundancia de su divinidad que sentían y otros admirables dones y gracias con que eran renovados y levantados sobre si mismos. Y cuando comenzaban a gozar de estos favores, se les desaparecía, para que le codiciasen de nuevo con más ardientes deseos de su comunicación y trato dulcísimo. Este fue el misterio de aparecerse disimulado a Santa María Magdalena y a los Apóstoles y discípulos del camino de Emaús. Y lo mismo hace respectivamente con muchas almas que elige para su íntimo trato y comunicación.

1494. Con este orden admirable de la divina Providencia quedarás enseñada y reprendida de las dudas o incredulidad que tantas veces has incurrido en los beneficios y favores que recibes de la divina clemencia de mi Hijo santísimo, en que ya es tiempo moderes los temores que siempre has padecido, porque no pases de humilde a ingrata y de dudosa a pertinaz y tarda de corazón para darles crédito. Y también te servirá de doctrina el ponderar dignamente la prontitud de la inmensa caridad del Altísimo en responder luego a los humildes y contritos de corazón y asistir al punto a los que con amor le buscan y desean y a los que meditan y hablan de su pasión y muerte; todo esto conocerás en San Pedro y en Santa María Magdalena y en los

discípulos. Imita, pues, hija mía, el fervor de Santa María Magdalena en buscar a su Maestro, sin detenerse con los mismos Ángeles, sin alejarse del sepulcro con todos los demás, sin descansar un punto hasta que le halló tan amoroso y suave. Y esto le granjeó también el haberme acompañado a mí en toda la pasión con ardentísimo corazón. Y lo mismo hicieron las otras Marías, con que merecieron las primeras el gozo de la resurrección. Tras ellas le alcanzó la humildad y dolor con que San Pedro lloró su negación, y luego se inclinó el Señor a consolarle y mandar a las Marías que señaladamente le diesen a él nuevas de la resurrección, y luego le visitó y confirmó en la fe y lo llenó de gozo y dones de su gracia. A los dos discípulos, aunque dudaban, porque trataban de su muerte y se compadecían de ella, se les apareció luego antes que a otros. Y te aseguro, hija mía, que ninguna buena obra de las que hacen los hombres con recta intención y corazón se queda sin gran premio de contado, porque ni el fuego en su grande actividad enciende tan presto la estopa muy dispuesta, ni la piedra quitado el impedimento se mueve tan presto para el centro, ni el mar corre en su ímpetu ni va con tanta fuerza como la bondad del Altísimo y su gracia se comunica a las almas cuando ellas se disponen y quitan el óbice de las culpas que detiene como violento al amor divino. Y esta verdad es una de las cosas que mayor admiración causa en los bienaventurados, que la conocen en el cielo. Alábale por esta infinita bondad y también porque con ella saca de los males grandiosos bienes, como lo hizo de la incredulidad de los Apóstoles, en que manifestó el Señor este atributo de su misericordia con ellos; y para todos hizo más creíble su santa resurrección y patente el perdón de los pecados y su benignidad, perdonando a los Apóstoles y como olvidando sus culpas, para buscarlos y aparecérselos, y humanándose con ellos como verdadero padre, alumbrándoles y dándoles doctrina según su necesidad y poca fe.

CAPITULO 28

Algunos ocultos y divinos misterios que a María santísima sucedieron después de la resurrección del Señor y cómo se le dio título de Madre y Reina de la Iglesia y el aparecimiento de Cristo antes y para la ascensión.

1495. En todo el discurso de esta divina Historia me ha hecho pobre de palabras la abundancia y grandeza de los misterios. Es mucho lo que al entendimiento se le ofrece en la divina luz y poco lo que alcanzan las razones, y en esta desigualdad y defecto he sentido siempre gran violencia, porque la inteligencia es fecunda y la palabra estéril, con que no corresponde el parto de las razones a la preñez del concepto, y quedo siempre con recelo de los términos que elijo y muy descontenta de lo que digo, porque todo es menos y no puedo suplir este defecto ni llenar el vacío entre el hablar y entender. Ahora me hallo en este estado, para declarar lo que se me ha dado a conocer de los misterios ocultos y sacramentos altísimos que tuvo María santísima en los cuarenta días después de la resurrección de su Hijo y nuestro Redentor hasta que subió a los cielos. El estado en que la puso el poder divino fue nuevo y más levantado después de la pasión y resurrección, las obras fueron más ocultas, los favores proporcionados a su eminentísima santidad y a la voluntad ocultísima del que los obraba, porque ella era la regla por donde los medía. Y si todo lo que se me ha manifestado lo hubiera de escribir, fuera necesario extender mucho esta Historia en copiosos libros. Por lo que dijere se podrá rastrear algo de tan divinos sacramentos, para la gloria de esta gran Reina y Señora.

1496. Ya queda dicho arriba, en el principio del capítulo

pasado (Cf. supra n. 1477), que en los cuarenta días después de la resurrección del Señor asistía Su Majestad en el cenáculo en compañía de su Madre santísima, cuando no se ausentaba para hacer algunas apariciones, de donde volvía luego a su presencia. Y a cualquier juicio prudente se deja entender que aquel tiempo, cuando los dos, Jesús y María, estaban juntos, le gastarían en obras divinas y admirables sobre todo humano pensamiento. Y lo que de estos sacramentos se me ha dado a conocer es inefable, porque muchos ratos gastaban en coloquios dulcísimos de incomparable sabiduría, que para la amantísima Madre eran de un linaje de gozo inferior al de la visión beatífica, pero sobre todo júbilo y consuelo imaginable. Otras veces se ocupaban la gran Reina, los patriarcas y santos que allí asistían glorificados en alabar y engrandecer al Muy Alto. Tuvo María santísima noticia y ciencia de todas las obras y merecimientos de los mismos santos, de los beneficios, favores y dones que cada uno había recibido de la diestra del Omnipotente, de los misterios, figuras y profecías que en los antiguos padres habían precedido. Y de todo estaba tan capaz, y lo tenía más presente en su memoria para mirarlo que nosotros para decir el Ave María. Y consideró la prudentísima Señora estos grandes motivos que todos aquellos santos tenían para bendecir y alabar al autor de todos los bienes, y no obstante que siempre lo hacían y lo hacen los santos glorificados con la visión beatífica, con todo eso, por la parte que hablaba con ellos la divina Princesa y la respondían, les dijo que por todos aquellos beneficios y obras del Señor, que en ellos conocía, quería que todos con Su Alteza le magnificasen y alabasen.

1497. Condescendió con la Reina todo aquel sagrado coro de los Santos y ordenadamente comenzaron y prosiguieron este divino ejercicio, de manera que todos hacían un coro y decían un verso cada uno de los

bienaventurados y la Madre de la Sabiduría les respondía con otro. Y frecuentando estos alternados y dulces cánticos, decía la gran Señora tantos loores y alabanzas por sí sola, como todos los santos juntos y Ángeles, que también entraban en esto cánticos nuevos y admirables para ellos y para los demás bienaventurados, porque la sabiduría y reverencia que la divina Princesa manifestaba en carne mortal excedía a todos los que estaban fuera de ella y gozando de la visión beata. Todo lo que en estos días hizo María santísima excede a la capacidad y juicio de los hombres. Pero los altos pensamientos y motivos de su divina prudencia fueron dignos de su fidelísimo amor, porque, conociendo que su Hijo santísimo se detenía en el mundo principalmente por ella, para asistirle y consolarle, determinó recompensarle este amor en la forma que le era posible. Y por esto ordenó que no le faltasen al mismo Señor en la tierra las continuas alabanzas y loores que los mismos santos le dieran en el cielo. Y concurriendo ella misma a esta veneración y loores de su Hijo, los levantó de punto, y de la casa del cenáculo hizo cielo.

1498. En estos ejercicios gastó lo más de aquellos cuarenta días, y en ellos hicieron más cánticos e himnos que todos los santos y profetas nos dejaron. Y algunas veces interponían los salmos del Santo Rey y Profeta David y las mismas profecías de la Escritura, como glosando y manifestando sus misterios tan profundos y divinos; y con los Santos Padres que los habían dicho y profetizado señalaban más nuestra Reina, reconociendo aquellos dones y favores que de la divina diestra recibieron, cuando se les revelaron tantos y tan venerables sacramentos. También era admirabilísimo el gozo que recibía cuando respondía a su madre santísima, a su padre San Joaquín, San José y San Juan Bautista y los grandes Patriarcas; y en carne mortal no puede

imaginarse otro estado más inmediato a la fruición beatífica que el que entonces tuvo nuestra gran Reina y Señora. Otra gran maravilla sucedió en aquel tiempo, y fue que todas las almas de los justos que acabaron en gracia en aquellos cuarenta días, todas iban al cenáculo, y las que no tenían deuda que pagar eran allí beatificadas. Pero las que debían ir al purgatorio aguardaban allí sin ver al Señor, unos tres, otros cinco, otros más o menos días. Y en este tiempo la Madre de Misericordia satisfacía por ellos con genuflexiones y postraciones y alguna otra penal obra y mucho más con el ardentísimo amor de caridad con que oraba por ellos y les aplicaba los méritos infinitos de su Hijo por satisfacción; y con este socorro se les abreviaba y recompensaba la pena de no ver al Señor, y luego eran beatificados y colocados en el coro de los santos. Y por cada uno que de nuevo entraba en él, hacía la gran Reina otros cánticos altísimos al Señor.

1499. Entre todos estos ejercicios y júbilos de que gozaba la piadosísima Madre con inefable abundancia, no se olvidaba de la miseria y pobreza de los hijos de Eva y desterrados de la gloria, antes como Madre de Misericordia, convirtiendo sus ojos al estado de los mortales, hizo por todos ferventísima oración. Pidió al Eterno Padre dilatase la nueva Ley de Gracia por todo el mundo, multiplicase los hijos de la Iglesia, la defendiese y amparase, y que el valor de la Redención fuese eficaz para todos. Y aunque esta petición la regulaba en el efecto por los eternos decretos de la sabiduría y voluntad divina, pero en cuanto al afecto de la amantísima Madre a todos se extendía el fruto de la Redención, deseándoles la vida eterna. Y fuera de esta petición general la hizo particular por los Apóstoles, y entre ellos señaladamente por San Juan Evangelista y San Pedro, porque al uno tenía por hijo y al otro por cabeza de la Iglesia. Pidió también por Santa María Magdalena y las Marías, y por

todos los demás fieles que entonces pertenecían a la Iglesia, y por la exaltación de la fe y nombre de su Hijo santísimo Jesús.

1500. Pocos días antes de la Ascensión del Señor, estando su Madre santísima en uno de los ejercicios que he dicho en el cenáculo, apareció el Padre Eterno y el Espíritu Santo en un trono de inefable resplandor sobre los coros de los Ángeles y Santos que allí asistían y otros espíritus que de nuevo acompañaban a las divinas personas, luego la del Verbo humanado subió al trono con las otras dos, y la humilde siempre y Madre del Altísimo se postró en tierra retirada a un rincón, donde adoró con suma reverencia a la Beatísima Trinidad y en ella a su mismo Hijo humanado. Mandó luego el Eterno Padre a dos de los supremos Ángeles que llamasen a María santísima, y al punto obedecieron y llegaron a ella y con voces dulcísimas le intimaron la voluntad divina. Levantóse del polvo con profunda humildad, encogimiento y veneración, y acompañada de los Ángeles se llegó a los pies del trono, donde se humilló de nuevo. Y el Eterno Padre la dijo: Amiga, asciende más alto; y obrando estas palabras lo que significaban, con virtud divina fue levantada y puesta en el trono de la Majestad real con las tres Divinas Personas. Causóles nueva admiración a los Santos ver una pura criatura levantada a tan excelente dignidad. Y conociendo la equidad y santidad de las obras del Altísimo, le dieron nueva gloria y alabanza confesándole por Grande, Justo, Poderoso, Santo y Admirable en todos sus consejos.

1501. Habló el Padre con María santísima y le dijo: Hija mía, la Iglesia que mi Unigénito ha fundado y la nueva ley de gracia que ha enseñado en el mundo y el pueblo que ha redimido, todo lo fío de ti y te lo encomiendo.— Dijo luego el Espíritu Santo: Esposa mía, escogida entre todas las criaturas, mi sabiduría y gracia te comunico,

con que se depositen en tu corazón los misterios, obras y doctrina y lo que el Verbo humanado ha hecho en el mundo.—El mismo Hijo habló y dijo: Madre mía amantísima, yo me voy a mi Padre, en mi lugar te dejo y encargo el cuidado de mi Iglesia; te encomiendo a sus hijos y mis hermanos, como mi Padre me los encargó a mí.—Convirtieron luego las tres Divinas Personas sus palabras al coro de los Santos Ángeles y hablando con ellos y con los demás justos y santos dijeron: Esta es la Reina de todo lo criado en el cielo y en la tierra, es la Protectora de la Iglesia, Señora de las criaturas, Madre de piedad, Intercesora por los fieles, Abogada de los pecadores, Madre del amor hermoso y de la santa esperanza y la poderosa para inclinar nuestra voluntad a la clemencia y misericordia. En ella quedan depositados los tesoros de nuestra gracia y su corazón fidelísimo será las tablas donde queda escrita y grabada nuestra ley. En ella se encierran los misterios que nuestra omnipotencia ha obrado para la salvación del linaje humano. Es la obra perfecta de nuestras manos, donde se comunica y descansa la plenitud de nuestra voluntad, sin algún impedimento, con el corriente de nuestras divinas perfecciones. Quien de corazón la llamare no perecerá, quien alcanzare su intercesión conseguirá la eterna vida. Lo que nos pidiere, le será concedido, y siempre haremos su voluntad, oyendo sus ruegos y deseos, porque con plenitud se dedicó toda a nuestro beneplácito.—Oyendo María santísima estos favores tan inefables, se humilló y bajó hasta el polvo, tanto más cuanto la diestra del Altísimo la exaltaba sobre todas las criaturas humanas y angélicas. Y como si fuera la menor de todas, adorando al Señor, se ofreció con prudentísimas razones y ardentísimos afectos para trabajar como fiel sierva en la Santa Iglesia y obedecer con prontitud a la divina voluntad en lo que se le ordenaba. Y desde aquella hora admitió de nuevo el cuidado de la Iglesia evangélica, como Madre amorosa de todos sus hijos; y las peticiones

que por ellos había hecho hasta entonces, las renovó desde aquel punto, de manera que por el discurso de su vida fueron incesantes y ferventísimas, como veremos en la tercera parte, donde se conocerá más claro lo que la Iglesia debe a esta gran Reina y Señora y los beneficios que la mereció y alcanzó. Y de este beneficio y de los que adelante diré, quedó María santísima con un linaje de participación del ser de su Hijo, que no hallo términos para explicarlo, porque le dio una comunicación de sus atributos y perfecciones, correspondiente al ministerio de Madre y Maestra de la Iglesia en lugar del mismo Cristo, y la elevó a otro nuevo ser de ciencia y potestad, con que así de los misterios divinos como de los corazones humanos nada le fue oculto. Y supo y conoció cuándo y cómo había de usar del poder divino que participaba con los hombres, con los demonios y todas las criaturas; y en una palabra, cuanto pudo caber en una pura criatura, todo lo recibió y tuvo con plenitud y dignamente nuestra Reina y Señora. De estos sacramentos se le dio alguna luz a San Juan Evangelista, para que conociera el grado en que le convenía apreciar y estimar el inestimable valor del tesoro que se le había encomendado, y desde aquel día atendió a la gran Señora con nuevo cuidado a venerarla y servirla.

1502. Otras maravillas y favores obró el Altísimo con María santísima en todos aquellos cuarenta días, sin pasar alguno en que no se mostrase poderoso y santo en algún singular beneficio, como quien la quería enriquecer de nuevo antes de su partida para los cielos. Y como ya se cumpliese el tiempo determinado por la misma sabiduría para volverse a su Eterno Padre, habiendo manifestado su resurrección con evidentes apariciones y muchos argumentos, como dice San Lucas (Act 1, 3), últimamente determinó Su Majestad aparecerse y manifestarse de nuevo a toda aquella congregación de apóstoles y discípulos y discípulas estando todos juntos;

eran ciento y veinte personas. Esta aparición fue en Jerusalén en el cenáculo el mismo día de la ascensión, tras de la que refiere San Marcos en el último capítulo (Mc 16, 14ss), que todo sucedió en un día. Porque los Apóstoles, después de haber estado en Galilea, a donde les mandó el Señor que fuesen (Mt 28, 10), y después de haberles aparecido allí en el mar de Tiberías, como arriba se dijo (Cf. supra n. 1490), y en el monte que San Mateo dice le adoraron (Mt 28, 17), y que le vieron juntos quinientos discípulos, como dice San Pablo (1 Cor 15, 6); después de estas apariciones volvieron a Jerusalén, disponiéndolo así el Señor, para que se hallasen a su admirable Ascensión. Y estando los once Apóstoles juntos y reclinados para comer, entró el Señor, como dicen San Marcos (Mc 16, 14) y San Lucas en los Actos Apostólicos [Hechos de los Apóstoles] (Act 1, 4), y comió con ellos con admirable dignación y afabilidad, templando los resplandores y brillantes hermosos de su gloria, para dejarse ver de todos. Y acabada la comida les habló con majestad severa y agradable y les dijo:

1503. Advertid, discípulos míos, que mi Eterno Padre me ha dado toda la potestad en el cielo y en la tierra, y la quiero comunicar a vosotros, para que plantéis mi nueva Iglesia por todo el mundo. Incrédulos y tardos de corazón habéis sido en acabar de creer mi resurrección, pero ya es tiempo que como fieles discípulos míos seáis maestros de la fe para todos los hombres. Predicando mi Evangelio como de mí le habéis oído, bautizaréis a todos los que creyeren, dándoles el bautismo en el nombre del Padre y del Hijo, que soy yo, y del Espíritu Santo. Y los que creyeren y fueren bautizados serán salvos y los que no creyeren serán condenados. Enseñad a los creyentes a que guarden todo lo que toca a mi Santa Ley. Y en su confirmación los creyentes harán señales y maravillas: lanzarán los demonios de donde estuvieren, hablarán nuevas lenguas, curarán de las

mordeduras de las serpientes, y si ellos bebieren mortal veneno no les ofenderá, y darán salud a los enfermos con poner sus manos sobre ellos.—Estas fueron las maravillas que prometió Cristo nuestro Salvador para fundar su Iglesia con la predicación del Evangelio, y todas se cumplieron en los Apóstoles y en los fieles de la primitiva Iglesia. Y para su propagación en lo que falta del mundo y para su conservación donde está plantada, continúa las mismas señales, cuando y como su Providencia conoce ser necesario, porque nunca desampara su Santa Iglesia, que es su esposa dilectísima.

1504. Este mismo día por dispensación divina, mientras el Señor estaba con los once discípulos, se fueron juntando en la casa del cenáculo otros fieles y piadosas mujeres hasta el número de ciento y veinte, que arriba dije; porque el divino Maestro determinó que se hallasen presentes a su ascensión y primero quiso informar a toda aquella congregación, respectivamente como a los once Apóstoles, de lo que les convenía saber antes de su subida a los cielos y despedirse de todos juntos. Estando así congregados, y unidos en paz y caridad en una sala, que era la en que se celebró la cena, se les manifestó el autor de la vida a todos, y con semblante apacible les habló como padre amoroso y les dijo:

1505. Hijos míos dulcísimos, yo me subo a mi Padre, de cuyo seno descendí para salvar y redimir a los hombres. Por amparo, madre, consoladora y abogada vuestra os dejo en mi lugar a mi Madre, a quien habéis de oír y obedecer en todo. Y así como os tengo dicho que quien a mí me viere verá a mi Padre (Jn 14, 9) y el que me conoce le conocerá también a Él, ahora os aseguro que quien conociere a mi Madre me conocerá a mí, y el que a ella oye a mí oye, y el que la obediere me obedecerá a mí, y me ofenderá quien la ofendiere y me honrará quien la

honraré a ella. Todos vosotros la tendréis por madre, por superior y cabeza, y también vuestros sucesores. Ella responderá a vuestras dudas, disolverá vuestras dificultades; y en ella me hallaréis siempre que me buscareis, porque estaré en ella hasta el fin del mundo, y ahora lo estoy, aunque el modo es oculto para vosotros.— Y dijo esto Su Majestad, porque estaba sacramentado en el pecho de su Madre, conservándose las especies que recibió en la cena, hasta que se consagró en la primera misa, como adelante diré (Cf. infra p. III n. 125); y cumplió el Señor lo que refiere San Mateo (Mt 28, 20) que les dijo en esta ocasión: Con vosotros estoy hasta el fin del mundo. Añadió más el Señor y dijo: Tendréis a Pedro por suprema cabeza de mi Iglesia, donde le dejo por mi vicario, y como a pontífice supremo le obedeceréis. A Juan tendréis por hijo de mi Madre, como yo lo nombré y señalé desde la cruz.—Miraba el Señor a su Madre santísima que estaba presente y la manifestaba una voluntad como inclinada a mandar a toda aquella congregación que la adorasen y venerasen con el culto que su dignidad de Madre pedía, dejando esto debajo de algún precepto en la Iglesia. Pero la humildísima Señora suplicó a su Unigénito se sirviese de no darle más honra de la que era precisa para ejecutar todo lo que la dejaba encargado, y que los nuevos hijos de la Iglesia no la diesen más veneración que hasta entonces, porque todo el sagrado culto se encaminase inmediatamente al mismo Señor y sirviese a la propagación del Evangelio y exaltación de su nombre. Admitió Cristo nuestro Salvador esta prudentísima petición de su Madre, reservando el darla más a conocer para el tiempo conveniente y oportuno, aunque ocultamente la hizo tan extremados favores, como diremos en lo restante de esta Historia.

1506. Con la amorosa exhortación que les hizo el divino Maestro a toda aquella congregación, con los misterios

que les manifestó y con ver que se despedía para dejarlos, fue incomparable la conmoción que todos sintieron en sus corazones, porque en ellos se encendió la llama del divino amor con viva fe de los misterios de su divinidad y humanidad. Con la memoria de su doctrina y palabras de vida que le habían oído, con el cariño de su agradable vista y conversación, con el dolor de carecer en un punto de tantos bienes juntos, lloraban todos tiernamente, suspiraban de lo íntimo del alma. Quisiéranle detener y no podían, porque tampoco convenía, quisiéranse despedir y no acertaban. Formaban todos en su pecho razones dolorosas entre suma alegría y piadosa pena. Decían: ¿Cómo viviremos sin tal Maestro? ¿Quién nos hablará palabras de vida y de consuelo como las tuyas? ¿Quién nos recibirá con tan amoroso y amable semblante? ¿Quién será nuestro Padre y nuestro amparo? Pupilos quedamos y huérfanos en el mundo. Rompieron algunos el silencio y dijeron: ¡Oh amantísimo Señor y Padre nuestro! ¡Oh alegría y vida de nuestras almas! Ahora que te conocemos por nuestro Reparador, ¿te alejas y nos desamparas? Llévanos, Señor, tras de ti, no nos arrojes de tu vista. Oh esperanza nuestra, ¿qué haremos sin tu presencia? ¿A dónde iremos si nos dejas? ¿A dónde encaminaremos nuestros pasos, si no te seguimos como a Padre, Caudillo y Maestro nuestro?—A estas y otras dolorosas razones les respondió Su Majestad que no se apartasen de Jerusalén y perseverasen en oración hasta que les enviase el Espíritu Santo consolador, prometido del Padre, como en el cenáculo se lo había dicho a los Apóstoles. Y tras esto sucedió lo que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1507. Hija mía, justo es que admirándote de los ocultos favores que yo recibí de la diestra del Omnipotente, se despierte tu afecto para bendecirle y darle eternos

loores por tan admirables obras. Y aunque te reservo muchas, que conocerás fuera de la carne mortal, pero en ella quiero que desde hoy tengas como por oficio propio tuyo alabar y engrandecer al Señor, porque siendo yo formada de la común masa de Adán, me levantó del polvo y manifestó conmigo el poder de su brazo y obró tan grandes cosas con quien no se las pudo dignamente merecer. Para ejercitarte en estas alabanzas del Altísimo, en mi nombre repite muchas veces el cántico que yo hice de *Magnificat* (Lc 1, 46-55), en que las encerré brevemente. Y cuando estuvieres a solas, lo dirás postrada en tierra y con otras genuflexiones, y sobre todo ha de ser con íntimo afecto de amor y veneración. Este ejercicio señalado por mí será muy agradable y acepto en mis ojos, y le presentaré en los del mismo Señor, si le haces como yo de ti le deseo.

1508. Y porque de nuevo te admiras de que los Evangelistas no escribiesen estas obras del Señor conmigo, te respondo también de nuevo, aunque otras veces te lo he manifestado (Cf. supra n. 1026, 1049; p. III n. 560, 562, 564), porque deseo lo tengan en su memoria todos los mortales. Yo misma ordené a los Evangelistas que no escribiesen de mí más excelencias de las que eran menester para fundar la Iglesia en los artículos de la fe y mandamientos de la divina ley, porque como Maestra de la Iglesia conocí, con la ciencia que el Muy Alto me infundió para este oficio, que esto era entonces así conveniente para sus principios. Y la declaración de mis prerrogativas que estaban encerradas en ser Madre del mismo Dios, y para ésta ser llena de gracias, se reservó por la Divina Providencia para el tiempo oportuno y conveniente, cuando la fe estuviese más declarada y fundada. Y por los tiempos pasados se han ido manifestando algunos misterios que me pertenecen a mí, pero la plenitud de esta luz se te ha dado a ti, que eres una pobre y vil criatura, por la necesidad del infeliz

estado del mundo, en que la divina piedad quiere dar a los hombres este medio tan oportuno, para que todos busquen el remedio y la salvación eterna por mi intercesión. Esto has entendido siempre y más lo conocerás adelante. Pero en primer lugar quiero de ti que te ocupes toda en la imitación de mi vida y en la continua meditación de mis virtudes y obras, para que alcances la victoria que deseas de mis enemigos y tuyos.

CAPITULO 29

La ascensión de Cristo Redentor nuestro a los cielos con todos los Santos que le asistían, y lleva a su Madre santísima consigo para darla la posesión de la gloria.

1509. Llegó la hora felicísima en que el Unigénito del Eterno Padre, que por la Encarnación humana bajó del cielo, había de subir a él con admirable y propia ascensión para asentarse a la diestra que le tocaba como heredero de sus eternidades, engendrado de su sustancia en igualdad y unidad de naturaleza y gloria infinita. Subió tanto porque descendió primero hasta lo inferior de la tierra, como lo dice el Apóstol (Ef 4, 9), dejando llenas todas las cosas que de su venida al mundo, de su vida, muerte y redención humana estaban dichas y escritas, habiendo penetrado como Señor de todo hasta el centro de la tierra y echado el sello a todos sus misterios con éste de su ascensión, en que dejó prometido el Espíritu Santo, que no viniera si primero no subiera a los cielos el mismo Señor, que con el Padre le había de enviar a su nueva Iglesia. Para celebrar día tan festivo y misteriosa eligió Cristo nuestro bien por especiales testigos las ciento y veinte personas, a quien juntó y halló en el cenáculo, como en el capítulo pasado se dijo, que eran María santísima y los once Apóstoles, los setenta y dos discípulos, Santa María Magdalena, Santa Marta y San Lázaro, hermano de las dos, y las otras

Marías y algunos fieles, hombres y mujeres, hasta cumplir el número sobredicho (Cf. supra n. 1504) de ciento y veinte.

1510. Con esta pequeña grey salió del cenáculo nuestro divino pastor Jesús, llevándolos a todos delante por las calles de Jerusalén y a su lado a la beatísima Madre. Y luego los Apóstoles y todos los demás por su orden caminaron hacia Betania, que distaba menos de media legua (1 legua ~ 5.556 Km) a la falda del monte Olivete. La compañía de los Ángeles y Santos que salieron del limbo y purgatorio seguían al Triunfador victorioso con nuevos cánticos de alabanza, aunque de su vista sólo gozaba María santísima. Estaba ya divulgada por toda Jerusalén y Palestina la Resurrección de Jesús Nazareno, aunque la pérfida malicia de los príncipes de los sacerdotes procuraba que se asentase el falso testimonio de que los discípulos le habían hurtado, pero muchos no lo admitieron, ni dieron crédito. Y con todo eso dispuso la Divina Providencia que ninguno de los moradores de la ciudad, o incrédulos o dudosos, reparasen en aquella santa procesión que salía del cenáculo ni los impidiesen el camino, porque todos estuvieron justamente inadvertidos, como incapaces de conocer aquel misterio tan maravilloso, no obstante que el capitán y maestro Jesús iba invisible para todos los demás, fuera de los ciento y veinte justos que eligió para que le viesan subir a los cielos.

1511. Con esta seguridad que les previno el poder del mismo Señor, caminaron todos hasta subir a lo más alto del monte Olivete, y llegando al lugar determinado se formaron tres coros, uno de Ángeles, otro de los Santos y el tercero de los Apóstoles y fieles, que se dividieron en dos alas, y Cristo nuestro Salvador hacía cabeza. Luego la prudentísima Madre se postró a los pies de su Hijo y le adoró por verdadero Dios y Reparador del mundo, con

admirable culto y humildad, y le pidió su última bendición. Y todos los demás fieles que allí estaban a imitación de su gran Reina hicieron lo mismo, y con grandes sollozos y suspiros preguntaron al Señor si en aquel tiempo había de restaurar el reino de Israel, y Su Majestad les respondió que aquel secreto era de su Eterno Padre y no les convenía saberlo y que por entonces era necesario y conveniente que en recibiendo al Espíritu Santo predicasen en Jerusalén, en Samaría y en todo el mundo los misterios de la Redención humana.

1512. Despedido Su Divina Majestad de aquella santa y feliz congregación de fieles con semblante apacible y majestuoso, juntó las manos y en su propia virtud se comenzó a levantar del suelo, dejando en él las señales o vestigios de sus sagradas plantas. Y con un suavísimo movimiento se fue encaminando por la región del aire, llevando tras de sí los ojos y el corazón de aquellos hijos primogénitos, que entre suspiros y lágrimas le seguían con el afecto. Y como al movimiento del primer móvil se mueven también los cielos inferiores que comprende su dilatada esfera, así nuestro Salvador Jesús llevó tras de sí mismo los coros celestiales de Ángeles y Santos Padres y los demás que le acompañaban glorificados, unos en cuerpo y alma, otros en solas las almas, y todos juntos y ordenados subieron y se levantaron de la tierra acompañando y siguiendo a su Rey, Capitán y Cabeza. El nuevo y oculto sacramento que la diestra del Altísimo obró en esta ocasión fue llevar consigo a su Madre santísima para darla en el cielo la posesión de la gloria y del lugar que como a Madre verdadera le tenía señalado, y ella con sus méritos adquirido, y para adelante prevenido. De este favor estaba ya capaz la gran Reina antes que sucediese, porque su Hijo santísimo se lo había ofrecido en los cuarenta días que la acompañó después de su milagrosa resurrección. Y porque a ninguna otra criatura humana y viviente se le manifestase este

sacramento por entonces, y para que en la congregación de los apóstoles y demás fieles asistiese su divina Maestra, perseverando con ellos en oración hasta la venida del Espíritu Santo, como se dice en los Actos de los Apóstoles (Act 1, 14), obró el poder divino por milagroso y admirable modo que María santísima estuviese en dos partes, quedando con los hijos de la Iglesia siguiéndoles al cenáculo y asistiendo con ellos, y subiendo en compañía del Redentor del mundo, y en su mismo trono, a los cielos, donde estuvo tres días con el más perfecto uso de las potencias y sentidos, y al mismo tiempo en el cenáculo con menos ejercicio de ellos.

1513. Fue la beatísima Señora levantada con su Hijo santísimo y colocada a su diestra, cumpliéndose lo que dijo Santo Rey y Profeta David (Sal 44, 10), que estuvo la Reina a su diestra con vestido dorado de resplandores de gloria y rodeada de variedad de dones y gracias a vista de los Ángeles y Santos que ascendían con el Señor. Y para que la admiración de este gran misterio despierte más la devoción, inflame la viva fe de los fieles y los incline a engrandecer al autor de tan rara y no pensada maravilla, advierto a los que leyeren este milagro que, desde que el Muy Alto me declaró su voluntad de que escribiese esta Historia y me intimó mandato para ejecutarlo, repetidísimas veces y en dilatado tiempo y largos años que han pasado me ha manifestado Su Majestad diversos misterios y descubierto grandes sacramentos de los que dejo escritos y diré adelante, porque la alteza del argumento pedía esta prevención y disposición. No lo recibía todo junto, porque no es capaz la limitación de la criatura de tanta abundancia, pero para escribirlo se me renueva la luz por otro modo de cada misterio en particular; y las inteligencias de todos han sido ordinariamente en los días festivos de Cristo nuestro Salvador y de la gran Reina del cielo, y singularmente este sacramento grande, de llevar el Hijo

santísimo a su purísima Madre el día de la Ascensión consigo al cielo y quedando en el cenáculo por modo admirable y milagroso, le he conocido consecutivamente algunos años en los mismos días.

1514. La firmeza que trae consigo la verdad divina no deja duda para el entendimiento que la conoce y mira en el mismo Dios, donde todo es luz sin mezcla de tinieblas (1 Jn 1, 5) y se conoce el objeto y la razón; pero para quien oye en relación estos misterios, necesario es dar motivos a la piedad para pedir el crédito de lo que es oscuro, y por esta causa me hallara dudosa en escribir el oculto sacramento de esta subida a los cielos de nuestra Reina si no fuera tan grande falta negarle a esta Historia maravilla y prerrogativa que tanto la engrandece. A mí se me ofreció la duda cuando conocí este misterio la primera vez, pero ahora que le escribo no la tengo, después que dije en la primera parte (Cf. supra p.l n. 331) cómo en naciendo la Princesa de las alturas fue llevada niña al cielo empíreo, y en esta segunda parte dije (Cf. supra n. 72, 90) que sucedió lo mismo dos veces en los nueve días que precedieron a la Encarnación del Verbo, para disponerla dignamente para tan alto misterio. Y si el poder divino hizo con María santísima estos favores tan admirables antes de ser Madre del Verbo, disponiéndola para que lo fuese, mucho más creíble es que los repetiría después que ya estaba consagrada con haberle tenido en su virginal tálamo, dándole forma humana de su purísima sangre, alimentándole a sus pechos con su leche y criándole como a Hijo verdadero, y después de haberle servido treinta y tres años, siguiéndole e imitándole en su vida, pasión y muerte con la fidelidad que ninguna lengua puede explicar.

1515. En estos favores y misterios de María santísima, muy diferente cosa es investigar la razón por qué el

Altísimo los obró en ella, o por qué los ha tenido ocultos tantos siglos en su Iglesia. Lo primero se ha de regular con el poder divino y el amor inmenso que tuvo a su Madre y por la dignidad que la dio sobre todas las criaturas. Y como los hombres en carne mortal no llegan a conocer cabalmente ni la dignidad de Madre, ni el amor que la tuvo y tiene su Hijo y toda la Beatísima Trinidad, ni los méritos y santidad a donde la levantó su omnipotencia, por esta ignorancia limitan el poder divino en obrar con su Madre todo lo que pudo, que fue todo lo que quiso. Pero si a ella sola se dio a sí mismo con tan especial modo como hacerse hijo de su sustancia, consiguiente era en el orden de gracia hacer con ella singularmente lo que con ningún otro ni con todo el linaje humano se debía hacer ni convenía; y con ella no solamente han de ser singulares los favores, beneficios y dones que hizo el Altísimo con su Madre santísima, pero la regla general es que ninguno le negó de cuantos pudo hacer con ella que redundase en su gloria y santidad, después de la de su humanidad santísima.

1516. Pero en manifestar Dios estas maravillas a su Iglesia concurren otras razones de su altísima Providencia, con que la gobierna y le va dando nuevos resplandores según los tiempos y necesidades que con ellos se ofrece. **Porque el dichoso día de la gracia, que amaneció al mundo con la Encarnación del Verbo humanado y Redención de los hombres, tiene su mañana y meridiano como tendrá su ocaso, y todo lo dispone la eterna sabiduría como y cuando oportunamente conviene. Y aunque todos los misterios de Cristo y su Madre estén revelados en las divinas Escrituras, mas no todos se manifiestan igualmente a un mismo tiempo, sino poco a poco ha ido corriendo el Señor la cortina de las figuras y metáforas o enigmas con que se revelaron muchos sacramentos, como encerrados y reservados para su tiempo, como lo están los rayos del sol después**

de haber salido debajo de la nube que los oculta hasta que se retira. Y no es maravilla que a los hombres se les vaya comunicando por partes alguno de los muchos rayos de esta divina luz, pues los mismos ángeles, aunque conocieron desde su creación el misterio de la Encarnación en sustancia y como en general, como fin a donde se ordenaba todo el ministerio que tienen con los hombres, pero no se les manifestaron a los divinos espíritus todas las condiciones, efectos y circunstancias de este misterio, antes han conocido muchas de ellas después de cinco mil y doscientos y más años de la creación del mundo. Y este nuevo conocimiento de lo que no sabían en particular, les causaba nueva admiración de alabanza y gloria, que daban al autor, como en todo el discurso de esta Historia muchas veces repito (Cf. supra n. 631, 692, 997, 1261, 1286). Y con este ejemplo respondo a la admiración que puede causar a quien oyere de nuevo el misterio que aquí escribo de María santísima, oculto hasta que el Altísimo lo ha querido manifestar, con los demás que dejo escritos y escribiré adelante.

1517. Antes que yo estuviera capaz de estas razones, cuando comencé a conocer este misterio de haber llevado Cristo nuestro Salvador a su Madre santísima consigo en su Ascensión, no fue pequeña mi admiración, no tanto en mi nombre como en los demás a cuya noticia llegara. Y entre otras cosas que entendí entonces del Señor, fue acordarme lo que San Pablo de sí mismo dejó escrito en la Iglesia, cuando refirió el rapto que tuvo hasta el tercero cielo (2 Cor 12, 2), que fue el de los bienaventurados, donde dejó en duda si fue arrebatado en cuerpo o fuera de él, sin afirmar o negar alguno de estos dos modos, antes suponiendo que pudo ser por cualquiera de ellos. Y entendí luego que si al Apóstol en el principio de su conversión le sucedió esto, de manera que pudiese ser llevado al cielo empíreo corporalmente, cuando no habían precedido en él méritos sino culpas, y

concederle este milagro al poder divino no tiene peligro ni inconveniente en la Iglesia, ¿cómo se ha de dudar que haría el mismo Señor este favor a su Madre y más sobre tan inefables merecimientos y santidad? Añadió más el Señor: que si a otros Santos de los que resucitaron en el cuerpo con la resurrección de Cristo se les concedió subir en cuerpo y alma con Su Majestad, más razón había para concederle a su Madre purísima este favor, pues, aunque a ninguno de los mortales se le hiciera este beneficio, a María santísima se le debía en algún modo por haber padecido con el Señor. Y era puesto en razón que con él mismo entrase a la parte del triunfo y del gozo con que llegaba a tomar la posesión de la diestra de su Eterno Padre, para que de la suya la tomase también su propia Madre, que le había dado de su misma sustancia aquella naturaleza humana en que subía triunfante a los cielos. Y así como era conveniente que en esta gloria no se apartasen Hijo y Madre, también lo era que ningún otro del linaje humano en cuerpo y alma llegase primero a la posesión de aquella eterna felicidad que María santísima, aunque fueran su padre y madre y su esposo San José y los demás, que a todos y al mismo Señor e Hijo santísimo Jesús les faltara esta parte de gozo accidental en aquel día sin María santísima y si no entrara con ellos en la patria celestial como Madre de su Reparador y Reina de todo lo criado, a quien ninguno de sus vasallos se debía anteponer en este favor y beneficio.

1518. Estas congruencias me parecen bastantes para que la piedad católica se alegre y consuele con la noticia de este misterio y de los que diré adelante de esta condición en la tercera parte. Y volviendo al discurso de la Historia, digo que nuestro Salvador llevó consigo a su Madre santísima en la subida a los cielos, llena de resplandor y gloria a vista de los Ángeles y Santos, con increíble júbilo y admiración de todos. Y fue muy conveniente por entonces que los Apóstoles y los demás

fieles ignorasen este misterio, porque si vieran ascender a su Madre y Maestra con Cristo, los afligiera el desconsuelo sin medida ni recurso de algún alivio, pues no les quedaba otro mayor que imaginar tenían consigo a la beatísima Señora y Madre piadosísima. Con todo eso, fueron grandes los suspiros, lágrimas y clamores que daban de lo íntimo del alma, cuando vieron que su amantísimo Maestro y Redentor se iba alejando por la región del aire. Y cuando ya le iban perdiendo de vista, se interpuso una nube refulgentísima entre el Señor y los que quedaban en la tierra, y con esta nube se les ocultó de todo punto para dejar de verle. Venía en ella la persona del Eterno Padre, que descendió del supremo cielo a la región del aire a recibir a su Unigénito humanado y a la Madre que le dio el nuevo ser humano en que volvía. Y llegándolos el Padre a sí mismo, los recibió con un abrazo inseparable de infinito amor y nuevo gozo para los Ángeles, que en ejércitos innumerables venían del cielo asistiendo a la Persona del Eterno Padre [en todos los lugares esta presente la consubstancial Beatísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo con sustancia y esencia, pero con gracia santificante e inhabitación solamente en las almas de los justos]. Luego en breve espacio y penetrando los elementos y los orbes celestiales les llegó toda esta divina procesión al lugar supremo del empíreo. Los Ángeles que subían de la tierra con sus Reyes Jesús y María, y los que volvieron de la región del aire, hablaron a la entrada con los demás que quedaron en las alturas y repitieron aquellas palabras del Santo Rey David (Sal 23, 7), añadiendo otras que declaran el misterio, y dijeron:

1519. Abrid, príncipes, abrid vuestras puertas eternas; levántense y estén patentes, para que entre en su morada el gran Rey de la gloria, el Señor de las virtudes, el poderoso en las batallas y fuerte y vencedor,

que viene victorioso y triunfador de todos sus enemigos. Abrid las puertas del soberano paraíso, y siempre estén patentes y franqueadas, que sube el nuevo Adán, reparador de todo su linaje humano, rico en misericordias, abundante en los tesoros de sus propios merecimientos, cargado de despojos y primicias de la copiosa Redención que con su muerte obró en el mundo. Ya restauró la ruina de nuestra naturaleza y levantó la humana a la suprema dignidad de su mismo ser inmenso. Ya vuelve con el reino que le dio su Padre de los electos y redimidos. Ya su liberal misericordia les deja a los mortales la potestad para que de justicia pueden adquirir el derecho que perdieron por el pecado, para merecer con la observancia de su ley la vida eterna como hermanos suyos y herederos de los bienes de su Padre; y para mayor gloria suya y gozo nuestro trae consigo y a su lado a la Madre de piedad, que le dio la forma de hombre en que venció al demonio, y viene nuestra Reina tan agradable y especiosa, que deleita a quien la mira. Salid, salid, divinos cortesanos, veréis a nuestro Rey hermosísimo con la diadema que le dio su Madre, y a su Madre coronada con la gloria que le da su Hijo.

1520. Con este júbilo y el que excede a nuestro pensamiento llegó al cielo empíreo aquella nueva procesión tan ordenada y, puestos a dos coros Ángeles y Santos, pasaron Cristo nuestro Redentor y su beatísima Madre, y todos por su orden les dieron suprema adoración a cada uno y a los dos respectivamente, cantando nuevos cánticos de loores a los autores de la gracia y de la vida. El Eterno Padre asentó a su diestra en el trono de la divinidad al Verbo humanado con tanta gloria y majestad, que puso en nueva admiración y temor reverencial a todos los moradores del cielo, que conocían con visión clara e intuitiva la divinidad de infinita gloria y perfecciones, encerrada y unida sustancialmente en una persona a la humanidad santísima, hermo­seada y

levantada a la preeminencia y gloria que de aquella inseparable unión le resultaba, que ni ojos le vieron, ni oídos lo oyeron, ni jamás pudo caber en pensamiento criado.

1521. En esta ocasión subió de punto la humildad y sabiduría de nuestra prudentísima Reina, porque entre tan divinos y admirables favores quedó como a la peana del trono real, deshecha en su propio conocimiento de pura y terrena criatura, y postrada adoró al Padre y le hizo nuevos cánticos de alabanza por la gloria que comunicaba a su Hijo, levantando en Él su humanidad deificada en tan excelsa grandeza y gloria. Fue para los Ángeles y Santos nuevo motivo de admiración y gozo al ver la prudentísima humildad de su Reina, de quien como de un dechado vivo copiaban con santa emulación sus virtudes de adoración y reverencia. Oyóse luego una voz del Padre que la decía: *Hija mía, asciende más adelante.* Y su Hijo santísimo también la llamó, diciendo: *Madre mía, levántate y llega al lugar que yo te debo por lo que me has seguido e imitado.* Y el Espíritu Santo dijo: *Esposa mía y amiga mía, llega a mis eternos brazos.* Y luego se manifestó a todos los bienaventurados el decreto de la Beatísima Trinidad, con que señalaba por lugar y asiento de la felicísima Madre la diestra de su Hijo para toda la eternidad, por haberle dado el ser humano de su misma sangre y por haberle criado, servido, imitado y seguido con plenitud de perfección posible a pura criatura, y que ninguna otra de la humana naturaleza tomase la posesión de aquel lugar y estado inamisible en el grado que le correspondía, antes que la Reina la tuviese y fuese colocada en el que se le señalaba de justicia para después de su vida, como superior en suma distancia a todo el restos de los santos.

1522. En cumplimiento de este decreto fue colocada María santísima en el trono de la Beatísima Trinidad a la

diestra de su Hijo santísimo, conociendo ella misma y los demás santos que se le daba la posesión de aquel lugar, no sólo por todas las eternidades, sino también dejando en la elección de su voluntad si quería permanecer en él, sin dejarle desde entonces ni volver al mundo. Porque ésta era como voluntad condicionada de las divinas personas, que cuanto era de parte del Señor se quedase en aquel estado. Y para que ella eligiese se le manifestó de nuevo el que tenía la Iglesia Santa militante en la tierra y la soledad y necesidad de los fieles, cuyo amparo se le dejaba a su elección. Este orden de la admirable Providencia del Altísimo fue dar ocasión a la Madre de Misericordia para que sobreexcediese y aventajase a sí misma y obligase al linaje humano con un acto de piedad y clemencia como el que hizo, semejante al de su Hijo en admitir el estado pasible, suspendiendo la gloria que pudo y debía recibir en el cuerpo para redimirnos. Imitóle en esto también su beatísima Madre, para que en todo fuese semejante al Verbo humanado, y conociendo la gran Señora sin engaño todo lo que se le proponía, se levantó del trono y postrada ante el acatamiento de las tres personas habló y dijo: Dios eterno y todopoderoso, Señor mío, el admitir luego este premio, que vuestra dignación me ofrece, ha de ser para descanso mío. El volver al mundo y trabajar más en la vida mortal entre los hijos de Adán, ayudando a los fieles de Vuestra Santa Iglesia, ha de ser de gloria y beneplácito de Vuestra Majestad y en beneficio de mis hijos los desterrados y viadores. Yo admito el trabajo y renuncio por ahora este descanso y gozo que de vuestra presencia recibo. Bien conozco lo que poseo y recibo y lo sacrifico al amor que tenéis a los hombres. Admitid, Señor y Dueño de todo mi ser, mi sacrificio, y vuestra virtud divina me gobierne en la empresa que me habéis fiado. Dilátese vuestra fe, sea ensalzado vuestro santo nombre y multiplíquese Vuestra Iglesia, adquirida con la sangre de vuestro Unigénito y mío, que yo me ofrezco de nuevo a trabajar por Vuestra

gloria y granjear las almas que pudiere.

1523. Esta resignación nunca imaginada hizo la piadosísima Madre y Reina de las virtudes y fue tan agradable en la divina aceptación, que luego se la premió el Señor, disponiéndola con las purificaciones e iluminaciones que otras veces he referido (Cf. supra p.l n. 626ss) para ver la divinidad intuitivamente; que hasta entonces en esta ocasión no la había visto más de por visión abstractiva, con todo lo que había precedido. Y estando así elevada, se le manifestó en visión beatífica y fue llena de gloria y bienes celestiales, que no se pueden referir ni conocer en esta vida.

1524. Renovó en ella el Altísimo todos los dones que hasta entonces la había comunicado y los confirmó y selló de nuevo en el grado que convenía, para enviarla otra vez por Madre y Maestra de la Santa Iglesia, y el título que antes le había dado de Reina de todo lo criado, de Abogada y Señora de los fieles, y como en la cera blanda se imprime el sello, así en María santísima por virtud de la omnipotencia divina se reimprimió de nuevo el ser humano y la imagen de Cristo, para que con esta señal volviese a la Iglesia militante, donde había de ser huerto verdaderamente cerrado y sellado (Cant 4, 12) para guardar las aguas de la vida. ¡Oh misterios tan venerables cuanto levantados! ¡Oh secretos de la Majestad altísima, dignos de toda reverencia! ¡Oh caridad y clemencia de María santísima, nunca imaginada de los ignorantes hijos de Eva! No fue sin misterio poner Dios en su elección de esta única y piadosa Madre el socorro de sus hijos los fieles, traza fue para manifestarnos en esta maravilla aquel maternal amor que acaso en otras y en tantas obras no acabaríamos de conocer. Orden divino fue, para que ni a ella le faltase esta excelencia, ni a nosotros esta deuda, y nos provocase ejemplo tan admirable. ¿A quién le

pareciera mucho, a vista de esta fineza, lo que hicieron los Santos y padecieron los Mártires, privándose de algún momentáneo contentamiento para llegar al descanso, cuando nuestra amantísima Madre se privó del gozo verdadero para volver a socorrer a sus hijuelos? ¿Y cómo excusaremos nuestra confusión, cuando ni por agradecer este beneficio, ni por imitar este ejemplo, ni por obligar a esta Señora, ni por adquirir su eterna compañía y la de su Hijo, aun no queremos carecer de un leve y engañoso deleite, que nos granjea su enemistad y la misma muerte? Bendita sea tal mujer, alábenla los mismos cielos y llámenla dichosa y bienaventurada todas las generaciones.

1525. A la primera parte de esta Historia puse fin con el capítulo 31 de las Parábolas de Salomón, declarando con él las excelentes virtudes de esta gran Señora, que fue la única mujer fuerte de la Iglesia, y con el mismo capítulo puedo cerrar esta segunda parte, porque todo lo comprendió el Espíritu Santo en la fecundidad de misterios que encierran las palabras de aquel lugar. Y en este gran sacramento de que he tratado aquí se verifica con mayor excelencia, por el estado tan supremo en que María santísima quedó después de este beneficio. Pero no me detengo en repetir lo que allí dije, porque con ello se entenderá mucho de lo que aquí podré decir y se declara cómo esta Reina fue la mujer fuerte, cuyo valor y precio vino de lejos y de los últimos fines del cielo empíreo, de la confianza que de ella hizo la Beatísima Trinidad, y no se halló frustrado el corazón de su varón, porque nada le faltó de lo que esperaba de ella. Fue la nave del mercader que desde el cielo trajo el alimento de la Iglesia a la que con el fruto de sus manos la plantó, la que se ciñó de fortaleza, la que corroboró su brazo para cosas grandes, la que extendió sus palmas a los pobres y abrió sus manos a los desamparados, la que gustó y vio cuán buena era esta negociación a la vista del

premio en la bienaventuranza, la que vistió a sus domésticos con dobladas vestiduras, la que no se le extinguió la luz en la noche de la tribulación, ni pudo temer en el rigor de las tentaciones. Para todo esto, antes de bajar del cielo, pidió al Eterno Padre la potencia, al Hijo la sabiduría, al Espíritu Santo el fuego de su amor, y a todas tres Personas su asistencia y para descender su bendición. Diéronsele estando postrada ante su trono y la llenaron de nuevas influencias y participación de la divinidad. Despidiéronla amorosamente, llena de tesoros inefables de su gracia. Los Santos Ángeles y justos la engrandecieron con admirables bendiciones y loores con que volvió a la tierra, como diré en la tercera parte (Cf. infra p. III n. 3), y lo que obró en la Iglesia Santa el tiempo que convino asistir en ella, que todo fue admiración del cielo y beneficio de los hombres, que trabajó y padeció siempre porque consiguiesen la felicidad eterna. Y como había conocido el valor de la caridad en su origen y principio, en Dios eterno, que es caridad, quedó enardecida en ella, y su pan de día y noche fue caridad, y como abejita oficiosa bajó de la Iglesia triunfante a la militante, cargada de las flores de la caridad, a labrar el dulce panal de miel del amor de Dios y del prójimo, con que alimentó a los hijos pequeñuelos de la primitiva Iglesia y los crió tan robustos y consumados varones en la perfección, que fueron fundamentos bastantes para los altos edificios de la Iglesia Santa.

1526. Y para dar fin a este capítulo, y con él a esta segunda parte, volveré a la congregación de los fieles, que dejamos tan llorosos en el monte Olivete. No los olvidó María santísima en medio de sus glorias, y viendo su tristeza y llanto y que todos estaban casi absortos mirando a la región del aire, por donde su Redentor y Maestro se les había escondido, volvió la dulce Madre sus ojos desde la nube en que ascendía y desde donde

los asistía. Y viendo su dolor, pidió a Jesús amorosamente consolase aquellos hijuelos pobres que dejaba huérfanos en la tierra. Inclinado el Redentor del linaje humano con los ruegos de su Madre, despachó desde la nube dos Ángeles con vestiduras blancas y refulgentes, que en forma humana aparecieron a todos los discípulos y fieles y hablando con ellos les dijeron: Varones galileos, no perseveréis en mirar al cielo con tanta admiración, porqué este Señor Jesús, que se alejó de vosotros y ascendió al cielo, otra vez ha de volver con la misma gloria y majestad que ahora le habéis visto.—Con estas razones, y otras que añadieron, consolaron a los apóstoles y discípulos y a los demás, para que no desfalleciesen y esperasen retirados la venida y consolación que les daría él Espíritu Santo prometido por su divino Maestro.

1527. Pero advierto que estas razones de los Ángeles, aunque fueron de consuelo para aquellos varones y mujeres, fueron también reprehensión de su poca fe. Porque si ella estuviera bien informada y fuerte con el amor puro de la caridad, no era necesario ni útil estar mirando al cielo tan suspensos, pues ya no podían ver a su Maestro, ni detenerle con aquel amor y cariño tan sensible que les obligaba a mirar el aire por donde había ascendido al cielo, antes bien con la fe le podían ver y buscar a donde estaba y con ella le hallaran seguramente. Y lo demás era ya ocioso e imperfecto modo de buscarle, pues para obligarle a que los asistiese con su gracia, no era menester que corporalmente le vieran y le hablaran, y el no entenderlo así, en varones tan ilustrados y perfectos era defecto reprehensible. Mucho tiempo cursaron los Apóstoles y discípulos en la escuela de Cristo nuestro bien y bebieron la doctrina de la perfección en su misma fuente, tan pura y cristalina, que pudieran estar ya muy espiritualizados y capaces de la más alta perfección. Pero es tan infeliz nuestra naturaleza en servir a los

sentidos y contentarse con lo sensible, que aun lo más divino y espiritual quiere amar y gustar sensiblemente; y acostumbrada a esta grosería, tarda mucho en sacudirse y purificarse de ella, y tal vez se engaña, cuando con más seguridad y satisfacción ama al mejor objeto. Esta verdad para nuestra enseñanza se experimentó en los Apóstoles, a quienes el Señor había dicho que de tal manera era verdad y luz que juntamente era camino y que por él habían de llegar al conocimiento de su Eterno Padre; que la luz no es para manifestarse a sí sola, ni el camino es para quedarse en él.

1528. Esta doctrina tan repetida en el Evangelio y oída de la boca del autor mismo y confirmada con el ejemplo de su vida, pudiera levantar el corazón y entendimiento de los Apóstoles a su inteligencia y práctica. Pero el mismo gusto espiritual y sensible que recibían de la conversación y trato de su Maestro y la seguridad con que le amaban de justicia, les ocupó todas las fuerzas de la voluntad atada al sentido, de manera que aún no sabían pasar de aquel estado, ni advertir que en aquel gusto espiritual se buscaban mucho a sí mismos, llevados de la inclinación al deleite espiritual, que viene por los sentidos. Y si no los dejara su mismo Maestro subiéndose a los cielos, fuera muy difícil apartarlos de su conversación sin grande amargura y tristeza, y con ella no estuvieran idóneos para la predicación del Evangelio, que se debía extender por todo el mundo a costa de mucho trabajo y sudor y de la misma vida de los que le predicaban. Este era oficio de varones no párvulos, sino esforzados y fuertes en el amor, no aficionados ni cariñosos al regalo sensible del espíritu, sino dispuestos a padecer abundancia y penuria, a la infamia y a la buena fama (2 Cor 6, 8), a las honras y deshonras, a la tristeza y alegría, conservando en esta variedad el amor y celo de la honra de Dios, con corazón magnánimo y superior a todo lo próspero y adverso. Con esta

repreñión de los Ángeles se volvieron del monte Olívete al cenáculo con María santísima, donde perseveraron con ella en oración, aguardando la venida del Espíritu Santo, como en la tercera parte veremos.

Doctrina que me dio la Reina del cielo María santísima.

1529. Hija mía, a esta segunda parte de mi vida darás dichoso fin con quedar muy advertida y enseñada de la suavidad eficacísima del divino amor y de su liberalidad inmensa con las almas que no le impiden por sí mismas. Más conforme es a la inclinación del sumo bien y su voluntad perfecta y santa regalar a las criaturas que afligirlas, darles consuelos más que aflicciones, premiarlas más que castigarlas, dilatarlas más que contristarlas. Pero los mortales ignoran esta ciencia divina, porque desean que de la mano del sumo bien les vengan las consolaciones, deleites y premios terrenos y peligrosos, y los anteponen a los verdaderos y seguros. Este pernicioso error enmienda el amor divino en ellos, cuando los corrige con tribulaciones y los aflige con adversidades, los enseña con castigos, porque la naturaleza humana es tarda, grosera y rústica, y si no se cultiva y rompe su dureza no da fruto sazonado, ni con sus inclinaciones está bien dispuesta para el trato amabilísimo y dulce del sumo bien. Y así, es necesario ejercitarla y pulirla con el martillo de los trabajos y renovar en el crisol de la tribulación, con que se haga idónea y capaz de los dones y favores divinos, enseñándose a no amar los objetos terrenos y falaces, donde está escondida la muerte.

1530. Poco me pareció lo que yo trabajé cuando conocí el premio que la bondad eterna me tenía prevenido, y por esto dispuso con admirable providencia que volviese a la Iglesia militante por mi propia voluntad y elección, porque venía a ser este orden de mayor gloria para mí y

de exaltación al santo nombre del Altísimo, y se conseguía el socorro de la Iglesia y de sus hijos por el modo más admirable y santo. A mí me pareció muy debido carecer aquellos años que viví en el mundo de la felicidad que tenía en el cielo y volver a granjear en el mundo nuevos frutos de obras y agrado del Altísimo, porque todo lo debía a la bondad divina que me levantó del polvo. Aprende, pues, carísima, de este ejemplo y ánimate con esfuerzo para imitarme en el tiempo que la Santa Iglesia se halla tan desconsolada y rodeada de tribulaciones, sin haber de sus hijos quien procure consolarla. En esta causa quiero que trabajes con esfuerzo, orando, pidiendo y clamando de lo íntimo del corazón al Todopoderoso por sus fieles y padeciendo y, si fuere necesario, dando por ella tu propia vida, que te aseguro, hija mía, será muy agradable tu cuidado en los ojos de mi Hijo santísimo y en los míos. Todo sea para gloria y honra del Altísimo, Rey de los siglos, inmortal e invisible, y de su Madre santísima María, por todas sus eternidades.

>>sigue parte 17>>